

Jazmín™

Susan Fox

La mejor esposa

La novia había tenido que huir de su propia boda.

La última vez que Lainey había visto a Gabe Patton había sido hacía cinco años… ¡mientras intercambiaban los votos matrimoniales! Aquélla había sido una boda de ensueño hasta que Lainey descubrió que Gabe sólo se casa con ella por conveniencia. No le había quedado otra alternativa que huir.

Recientemente Lainey había desvelado un secreto que le había hecho darse cuenta de que quizá había juzgado mal a su marido. Ella seguía amando a Gabe y tenía la esperanza de poder retomar la relación donde la habían dejado… ¡en la noche de bodas! Pero ¿cómo reaccionaría él cuando la esposa pródiga regresara?



Susan Fox

La mejor esposa

Jazmín - 1784

ePub r1.0

LDS 20.11.16

Título original: *The prodigal wife*
Susan Fox, 2003
Traducción: Maricel Usano Crespo
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 182 / Harlequin Romance (HR) - 3740
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Gabe Patton y Lainey Talbot llevaban casados casi cinco años, pero, desde entonces, sólo habían estado juntos dos veces en la misma habitación. La primera, cuando un juez los declaró marido y mujer. Una vez firmado el certificado de matrimonio, ella salió de la sala, indiferente, sin decirle ni una palabra a Gabe, y dejando sobre el papel la preciosa alianza que él le acababa de poner en el dedo.

La segunda vez había sido en el funeral de su madre, seis meses atrás. Lainey había escuchado indiferente las condolencias de Gabe y había aguantado con estoicismo respirar el mismo aire que él durante la hora que duró la ceremonia.

También esa vez se había marchado sin decir nada, con calma y con frialdad. Aunque todavía bajo la conmoción de la muerte de su madre, seguía furiosa por lo que su difunto padre y Lainey le habían hecho.

Durante los cinco años que había pasado lejos de Texas y de Gabe Patton, había rechazado todas sus llamadas telefónicas y le había devuelto, sin abrir, todas las cartas y regalos que él le había enviado.

Nunca había reconocido a Gabe como su marido legítimo, ni había aceptado su nombre, y desde luego, en esos cinco años, no había dicho una sola palabra buena sobre él.

Había conseguido olvidar lo enamorada que había estado de él a sus dieciocho años, y las razones de su amor de entonces. Su orgullo femenino le había hecho ocultar sus sentimientos sobre todo

después de conocer que la única razón por la que había accedido a casarse con ella era para conseguir el control total del Rancho Talbot.

Su enamoramiento de adolescente se había convertido en odio, y ella se había jurado a sí misma no mostrarle nunca a Gabe Patton ningún afecto. Nunca.

Pero lo había entendido todo mal.

Gabe Patton no era el oportunista avaricioso que ella creía. Su padre había concertado el matrimonio en secreto, y Lainey sólo lo supo cuando, al morir él repentinamente, su testamento revelaba los terribles términos.

Quizá su idolatrado padre la había querido castigar por haber permanecido neutral cuando se divorció de su madre. Pero John Talbot nunca había dado muestras de estar enfadado con ella y ni siquiera se había opuesto a su decisión de dejar el rancho para ir a vivir con su madre en Chicago. Sin embargo, poner su herencia bajo el control del hombre que él había escogido para casarse con ella sólo podía interpretarse como una venganza secreta.

Cuando Lainey conoció los términos del testamento, su adorado padre sólo llevaba muerto cuatro días. El dolor de su pérdida no le permitió enfadarse con él y sólo pudo sentirse herida y confusa por lo que le había hecho. Toda la rabia que sentía por la injusticia de su padre la volcó sobre Gabe, despreciando y traicionando el matrimonio que le había sido impuesto.

Y así fue hasta que, a la muerte de su madre, pudo leer la verdad en el montón de papeles y documentos que ella le había ocultado. Todo lo que Lainey había hecho, todos sus actos, se habían basado en las mentiras y el dolor que sentía. Las intrigas de su madre tenían la culpa de que ella hubiera deshonrado a su marido, a su matrimonio y a la memoria de su padre que había tratado de protegerla de la codicia de su madre, pero que había muerto antes de poder explicarle sus motivos.

Saber la verdad la había traumatizado y se sentía culpable por todas las preguntas que tenía. Poco a poco su alma se había envenenado.

«¿Habría alguna manera de compensar a Gabe Patton por esos cinco años?», se preguntaba. ¿Podía hacer algo para mitigar el dolor y las ofensas que le había causado? Esperar que él la perdonara era

mucho esperar. Y si él le pagaba con la misma moneda, lo tendría más que merecido.

Él había soportado su veneno durante años sin mostrar ningún afán de venganza, por lo que merecía oír las disculpas de ella, oírla reconocer que era un hombre honesto y demasiado bueno para ella en lugar del advenedizo que ella había creído.

Sentía terror de volverlo a ver y de escuchar las cosas horribles que él pudiera decirle, pero sabía que debería oírlas sin emitir ni una queja.

El trayecto en avión entre Chicago y Patton Ranch le pareció una eternidad. Iba elegante, con una blusa blanca y pantalones color caqui. El pelo, recogido, negro y largo, le daba un aspecto quizá demasiado de ciudad. Se preguntaba si debía haberse vestido más informal.

El corazón de Lainey dio un vuelco al divisar la casa tras la última cuesta del camino. Volvió a sentirse temerosa y culpable.

El rancho era de una sola planta con paredes de adobe pintadas de blanco y el techo de tejas rojas. En el frente tenía una terraza con arcadas de las que colgaban macetas con flores azules y púrpura.

Lainey estaba azorada por la vergüenza cuando bajó del coche de alquiler con su bolso y su pesado maletín de cuero lleno de documentos que exculpaban a Gabe.

También llevaba los documentos que su madre había falsificado. Se le revolvía el estómago al pensar en la maldad de su madre. Aún se preguntaba cómo había podido hacerle algo así. Sus sentimientos hacia ella eran aún confusos y estaba preocupada por si sería una deslealtad hacia su madre enseñárselos a Gabe. Pero, por otra parte, se preguntaba si, después de lo que había hecho, Sondra merecía su lealtad.

Lainey tenía la esperanza de que Gabe, al ver los documentos, lo entendería todo y la perdonaría por la forma en que lo había tratado.

No sabía lo que ocurriría después. Posiblemente, el divorcio. No quedaba ninguna razón por la que Gabe pudiera quererla después de lo mala esposa que había sido.

Pensaba que también era posible que él no quisiera ver los documentos. Que le pagara con la misma moneda y no le diera la

oportunidad de darle explicaciones. Que la echara del rancho junto con su maletín. En tal caso, iniciaría las gestiones para el divorcio. No tenía sentido seguir pesándole como una losa.

Cuando llegó a la gran puerta roja, sintió náuseas. Antes de que tocara el timbre, el ama de llaves abrió la puerta.

Lainey no reconoció a la mujer. Sin duda era hispana y la saludó en castellano.

—Buenos días, señora. Soy Lainey Talbot y quisiera ver al señor Patton.

El ama de llaves reconoció el nombre y la miró con un gesto discreto de suspicacia y reprobación, pero le sonrió con cortesía.

—Buenos días. El señor Gabe está fuera con los hombres. Tal vez usted podría volver esta noche.

—¿Habría alguna manera de ir a donde él está? Necesito hablar con él —dijo Lainey, inquieta por si no tenía otra oportunidad de verlo. No lo había avisado a propósito de su llegada por miedo a que rechazara verla.

Aunque dudando, la mujer tomó una decisión que sorprendió y tranquilizó a Lainey.

—Puedo intentar localizarlo.

—Sería muy amable por su parte. Puedo esperar aquí afuera.

Lainey quería que la mujer se diera cuenta de que entendía que la estaba poniendo en una situación incómoda. Los empleados de Gabriel Patton eran leales y ella no quería causar ninguna molestia.

Al decir que esperaría fuera, quería darle a entender al ama de llaves que no se sentía con derecho a entrar en los dominios privados de Gabe. Una esposa como ella no se merecía esa familiaridad.

La mujer asintió con una sonrisa educada y entró en la casa, cerrando la puerta tras de sí.

Lainey volvió a sentir náuseas. Eran las dos de la tarde de un día de junio en Texas y el calor era sofocante. Al vivir en Chicago, su cuerpo se había acostumbrado al aire acondicionado. Se volvió a mirar hacia el campo. La imagen de los pastos era tranquilizante y se preguntó cómo había podido apartarse de la vida del rancho y vivir tanto tiempo entre el cemento de una ciudad.

«Ojalá pudiera volver a esto…», pensó.

La puerta se abrió de nuevo y ella se giró disimulando la poca

esperanza que le quedaba. El ama de llaves le sonrió con frialdad.

—El señor Gabe está llevando unos caballos al corral. Dice que está demasiado ocupado para venir, pero que si quiere, puede encontrarse con él allí.

Lainey intentó consolarse. Le pareció que aunque sólo fuera eso, era buena señal que Gabe le permitiera acercarse. La única vez que ella lo había tolerado en su proximidad había sido seis meses atrás durante el funeral y sólo le había mostrado la cortesía imprescindible. Quizá eso era una justa correspondencia y él se comportaría igual que había hecho ella.

—Gracias, señora —dijo, y se apresuró a meter en el coche su bolso y su maletín. Luego, se dirigió alrededor de la casa hacia los corrales.

Durante la larga caminata, la cabeza le daba vueltas pensando lo que iba a decir. Tenía las sandalias sucias de polvo y pensó en volver al coche por sus botas. Pero al mirar a lo lejos vio el polvo que levantaba un pequeño grupo de caballos que se acercaba en dirección hacia ella. Se apoyó junto al portón abierto de uno de los corrales y trató de localizar a Gabe entre los tres hombres que cabalgaban conduciendo a los caballos.

Comenzó a temblarle el corazón en una mezcla de miedo y agitación. Miedo, porque no sabía lo que Gabe iba a hacer o decir, y agitación, porque la imagen de un encierro de caballos jóvenes le era familiar. Hacía mucho tiempo desde que había montado a caballo y, de repente, se emocionó. ¡Era tanto lo que había dejado de disfrutar!

Lainey siguió mirando a los tres hombres pero no pudo distinguir entre ellos a Gabe. «¿Habrá cambiado de opinión?», pensó alarmada.

Volvió a mirar y se quedó conmocionada. Gabe Patton estaba montado sobre un gran caballo negro y la estaba mirando fijamente con ojos de acero.

Después de cinco años, el aspecto de Gabe parecía más duro y rudo. Seis meses antes, durante los funerales, vestía un traje oscuro y su rostro no era frío sino sombrío. Gabe nunca había sido demasiado atractivo, pero tenía el aspecto de alguien que trabajaba duro, y había logrado un aura masculina devastadora que había conseguido que ella nunca quedara impresionada por otros hombres

más convencionales.

Su cuerpo, grande, también parecía más fuerte y más recio. Era alto como un gigante, una imagen potente que había quedado grabada en la mente de Lainey desde el funeral. Entonces ella sólo lo había mirado durante unos pocos segundos y había percibido en su rostro un sentimiento de compasión. Pero en ese momento parecía de piedra, inescrutable, y sin un ápice de comprensión.

Al aire libre, Gabe estaba en su elemento y la intimidaba. Sus oscuros ojos brillaban bajo la sombra de su sombrero Stetson, mientras la miraban de arriba abajo, como si estuvieran evaluando un caballo que iba a comprar. Ella pudo percibir un ligero gesto burlón en su boca al pasar su mirada desde las sucias sandalias a sus ojos.

Ira, suspicacia y frialdad era lo que se reflejaba en su cara antes de que aflojara las riendas y el caballo se acercara hacia ella. Parecía un caballero con armadura a punto de entrar en batalla. Detuvo el caballo junto a ella y se miraron.

Gabe la miraba con dureza y ella no podía apartar la mirada. Sentía que los ojos de él la penetraban hasta el cerebro en busca de algo que valiera la pena en un lugar donde no esperaba encontrar nada.

Temerosa de que se marchara, ella consiguió articular:

—Lo siento —balbuceó, pero él la oyó.

—¿Qué es lo que sientes? —dijo él por fin—. ¿Sientes tener que haber venido hasta aquí y ensuciarte los pies?

Su tono era amargo y Lainey comprendió que pensaba cobrarse todas las injusticias que había sufrido. Pero ella había ido en plan de penitencia y no esperaba nada más que rudeza y amargura de él. Intentó tomárselo con tanta calma como Gabe se había tomado todas sus ofensas y maltrato.

—¿Podemos ir a alguna parte para hablar? —preguntó con voz temblorosa.

—No hay ningún motivo hasta que contestes a mi pregunta. ¿Qué es lo que sientes?

Lainey no podía resistir el frío cortante de sus ojos y apartó la mirada. Había esperado esa oportunidad durante semanas mientras intentaba reunir fuerzas y valentía para verlo, pero Gabe era duro y desconfiado, y ella deseó esfumarse.

Pero no podía permitir que la echara porque tal vez no tendría otra oportunidad de hablar con él.

—He venido a pedirte disculpas —tenía la boca seca y casi no podía hablar—. A implorarte, incluso, si hace falta —hizo un enorme esfuerzo para mirarlo a la cara—. Y para decirte que lo siento profundamente.

El brillo acerado de los ojos de Gabe se convirtió en fuego y furia.

—Así que quieres el divorcio.

Ella reaccionó conmocionada.

—No —contestó, pero inmediatamente corrigió—. Sí, porque no querrás permanecer casado conmigo.

—¿No es eso lo que tú quieres hacer? —Se inclinó hacia ella y Lainey quiso retroceder—. Tú no tienes ni idea de lo que yo quiero hacer.

«¿Pegarme? ¿Estrangularme?», pensó ella. La forma de decirlo lo sugería.

—¿No podríamos hablar?

Gabe no se inmutó, pero bajó la voz.

—¿Acaso no has sido tú quién siempre lo ha decidido?

Lainey intentó sonreír, conciliadora, pero no lo consiguió.

—También siento haberlo hecho —el corazón le latía acelerado —. Ahora es tu turno —no sabía si había hablado con suficiente claridad y repitió—: Ahora es sólo tu turno, Gabe. Sólo tuyo. ¿Podríamos hablar? —Sonaba como un niño pidiendo algo. Él gruñó más bajo.

—¿Cuánto deseas hablar conmigo?

Parecía como si la hubiera hipnotizado y ella fuera a contestar cualquier pregunta.

—Mucho.

Gabe se incorporó sin dejar de mirarla con ira. El caballo se movió y ella pensó que él iba a marcharse y dejarla. Pero él contestó.

—Entonces, traslada tus cosas a mi casa. Si aún estás allí para la cena, cenaré contigo y pensaré en hablar contigo. Si es que has aprendido suficiente educación para resistir toda la cena… —Espoleó a su caballo y se marchó. Lainey se quedó mirándolo a él y a la treintena de caballos que trotaron delante de ella camino del

corral.

«Entonces traslada tus cosas a mi casa… y pensaré en hablar contigo si es que has aprendido suficiente educación…».

Duro, sin comprometerse. Era tanto una advertencia como la oportunidad que ella había deseado. Gabe Patton no estaba dispuesto a tolerar ningún paso en falso ni ninguna palabra equivocada y, ciertamente, ningún desaire por parte de ella. Lo peor de todo era que Lainey no lo conocía lo suficiente para saber qué era lo que podía provocarlo y estaba segura de que el más mínimo error haría que la echara sin que ella supiera lo que había pasado.

Se apresuró hacia la casa para demostrar que estaba dispuesta a cumplir todas sus órdenes al margen de lo exigentes que fueran.

Y al margen de lo difíciles que pudieran ser.

Capítulo 2

Gabe Patton había adivinado la verdad en cuanto recibió la llamada de su ama de llaves y oyó el nombre de Lainey. Su esposa estaba allí para pedir el divorcio.

Lainey Talbot Patton era la única adquisición que tenía sin haber tenido que luchar para adquirirla ni para conservarla. En parte porque, mientras permanecieran casados, ella era suya lo creyera o no. En parte, porque él sabía que la muerte de su padre la había conmocionado y que la bruja de su madre la había manipulado toda la vida.

Durante las primeras semanas después de la breve ceremonia en el juzgado, a Gabe le hizo gracia la testarudez de Lainey y su absoluto rechazo a que se acercara a ella. Pero cuando las semanas se habían convertido en meses ya no le pareció tan gracioso.

Gabe quería creer que la aparición de Lainey allí era debida a la muerte de su madre y a que había averiguado la verdad. Su actitud de arrepentimiento parecía auténtica, pero el hecho de que ambos supieran el contenido del testamento del padre, y de que ella hubiera esperado seis meses para acudir, hacían que sus disculpas parecieran falsas.

Según las cláusulas del testamento, Lainey debía permanecer casada con él durante cinco años antes de poder recibir el pleno control de la herencia. Los cinco años estaban a punto de concluir y el control del rancho Talbot recaería en ella en pocas semanas. Pero había un único obstáculo: el matrimonio al que nunca le había dado una oportunidad.

Al margen de la relación que él había deseado cultivar con ella tiempo atrás, Gabe no tenía la menor intención de entregarle el Rancho Talbot a esa mujer desagradecida que lo había pisoteado. Él lo había recibido en bancarrota y había arriesgado todos sus ahorros para sacarlo a flote. Después de los riesgos que había corrido y los esfuerzos que había invertido, no pensaba entregárselo y recibir a cambio unas escuetas palabras de agradecimiento.

Él había accedido a la petición de John y pensaba cumplir a rajatabla con el acuerdo, pero no entraba en sus planes salir con las manos vacías.

Echó una mirada hacia la casa, pero no vio a Lainey. A menos que su madre hubiera conseguido hacer de ella una flor de invernadero, no podría permanecer dentro de la casa toda la tarde. Seguramente habría ido hasta el Rancho Talbot para echar un vistazo. Pensó que no importaba lo que ella estuviera haciendo en ese momento. Lo que estaba claro era que para librarse de él no bastaban unas palabras de disculpa y un viaje hasta el juzgado.

* * *

Elisa, el ama de llaves de Gabe, dejó las dos maletas, la bolsa y el maletín dentro del armario de la entrada. Lainey estaba incómoda y demasiado nerviosa para esperar más de tres horas hasta la cena, sentada en el salón, así que escribió una breve nota para Gabe, la dejó sobre la mesa de café y salió de la casa.

Su padre estaba enterrado en el pequeño cementerio familiar del rancho y Lainey condujo hacia allí. Pasó delante de la casa de estilo victoriano y de los demás edificios del rancho hasta llegar al camino lleno de surcos que, atravesando tres enormes pastizales, llevaba hasta el cementerio.

La zona estaba rodeada por una valla blanca y Lainey estacionó junto a ella debajo de un frondoso árbol. Sacó del maletero una ramo de flores que había comprado en San Antonio y caminó hacia una tumba cuya lápida tenía grabado el nombre de John Talbot.

Mientras miraba la lápida, se le agolparon numerosos y abrumadores recuerdos. La conmoción al oír que su padre había muerto; el viaje apresurado hasta Texas agobiada por un dolor al

que creía que no podría sobrevivir; y luego, la agonía del funeral.

¿Cómo había podido pensar que su padre podía haber hecho algo para herirla o desairarla? Había pasado semanas mirando sus fotos e implorándole que la perdonara por dudar de su cariño y de sus buenas intenciones.

Era una tontería, una niñería. Pero ella tenía la esperanza de que su padre la hubiera oído. Quizá no había sentido ningún alivio porque se sentía culpable por lo que le había hecho a Gabe. Pensaba que tal vez se sentiría culpable y se reprocharía por ello toda la vida, fuera cual fuera la respuesta de Gabe esa noche.

Se arrodilló y puso los pensamientos y nomeolvides en el pequeño jarrón al pie de la lápida.

—Por fin he vuelto a casa, papá.

Su dolor y tristeza eran tan grandes que prorrumpió en llanto. Se sentía desfallecer y se sentó en un banco de hierro forjado que había cerca de allí, hundiendo el rostro entre las manos.

Estuvo así mucho tiempo hasta que se calmó. Soplaba una brisa ligera a través de los árboles y, al notarla sobre su ropa y su pelo, sintió un poco de paz por primera vez en años. Recordó las palabras de su padre: «No quiero a nadie en este mundo más que a mi niñita».

Su padre solía decírselo a menudo. Unas veces alegre y sonriente, y otras, en momentos de melancolía.

Lainey susurró la respuesta que siempre le daba:

—Y no hay nadie en este mundo a quien tu niñita quiera más que a su papá.

Lainey permaneció allí sentada recreándose en esa sensación de calma que por fin había logrado. Hacía calor y se adormeció hasta que la despertó algo que parecía un susurro.

—Enséñale de qué estás hecha…

Medio despierta, aferrándose a las palabras que con seguridad había soñado, Lainey alzó la cabeza y pudo ver sobre la copa de los árboles que el sol estaba declinando. Sobresaltada, se puso en pie y corrió hacia el coche. Temía ir demasiado deprisa por el camino lleno de surcos y cada instante del trayecto le pareció eterno.

* * *

Lainey detuvo el coche frente a la casa de los Patton, apagó el motor y se apresuró hacia la puerta roja. Apretó el timbre y se movió nerviosa hasta que abrieron.

—Siento llegar tarde, señora. ¿Puedo…? —La mujer ya se había hecho a un lado para dejarla pasar—. ¿Me da tiempo a refrescarme un poco?

—La segunda puerta del vestíbulo.

Lainey sonrió aunque su corazón estaba por los suelos. El recibimiento de Elisa indicaba que no tenía tiempo, pero que entendía que necesitaba estar más presentable.

En el pequeño cuarto de baño, Lainey se cepilló el pelo y se quitó el rímel que se le había corrido con el llanto, pero seguía dando un aspecto marchito y desaliñado. Le temblaban las manos, pero consiguió aplicarse un poco de maquillaje y ponerse algunas horquillas en el pelo que mejoraron su apariencia. Al menos tenía el consuelo de que Gabe le había permitido entrar en la casa.

No tenía la menor duda de que Elisa lo habría informado de su aspecto desordenado y se estremeció. Lo último que deseaba era que Gabe pensara que estaba apelando a su compasión para que fuera amable con ella y considerara perdonarla.

Cuando terminó de arreglarse, fue hacia el comedor. Aunque, años atrás, había estado algunas veces en casa de Gabe, nunca había visitado las zonas privadas. Cuando llegó ante la doble puerta, se detuvo.

Gabe estaba sentado a la cabecera de una mesa larga y brillante. El pelo, demasiado largo, estaba aún algo mojado después de la reciente ducha. Vestía vaqueros corrientes y una camisa azul a rayas. No era de los que se preocupaban por la ropa, pero siempre daba un aspecto limpio y cuidado, tanto en ropa de trabajo como en traje y corbata.

Gabriel Patton era un hombre que, partiendo de casi nada, había conseguido labrarse un nivel de ingresos considerable. Lo había logrado a base de trabajar duro y administrarse con cuidado. No tenía estudios universitarios, pero sí una voluntad de acero; se había arriesgado y nunca había aceptado un fracaso. El apretón de manos con que cerraba un trato hacía que el resultado fuera absolutamente favorable.

Era un hombre íntegro y por eso las falsas ideas que Lainey tenía

de él lo habían insultado tan profundamente. Había luchado mucho para superar su falta de estudios y triunfar. La insinuación de que se había casado con ella por codicia, o para conseguir algo a cambio, era equivocada.

Cuando Lainey entró en el comedor, los ojos oscuros de Gabe, tan perceptivos, y su mirada, indiferente y dura, hicieron que ella se sintiera muy incómoda. Él la miró de arriba abajo con frialdad.

—Te pido disculpas —dijo ella—. El tiempo se me pasó sin darme cuenta.

Gabe no contestó, pero llamó al ama de llaves. Cuando Elisa entró le hizo un gesto y ella regresó a la cocina. Volvió a mirar a Lainey.

—Será mejor que nos sentemos.

Lainey se dirigió al sitio que estaba servido a la derecha de él y Gabe se levantó para acercarle la silla, pero ella percibió que sólo lo hacía porque ella era una mujer y era su huésped. Él que no prescindiera de la cortesía le dio alguna esperanza.

Elisa apareció con una bandeja llena de comida y les sirvió. Luego, se retiró a la cocina. Gabe desplegó su servilleta y Lainey hizo lo mismo.

El no decía nada y ella no se atrevía a hablar, ni tampoco podía sacar conclusiones sobre lo que él estaba pensando. Ante su mutismo, Lainey optó por empezar a comer. El silencio se hacía cada vez más pesado y buscó algo neutral para decir.

—Elisa es una cocinera excelente.

Su comentario pareció recordar a Gabe que ella estaba sentada en la misma mesa que él, y la miró. Lainey no pudo resistir su mirada y pinchó un trozo de la carne con el tenedor.

—Pues comes como si la comida estuviera envenenada.

—No. Lo siento. No tengo apetito, pero no es porque la comida no sea excelente —balbuceó, y no pudo evitar mirarlo para ver su reacción.

Él la estaba observando con curiosidad y escepticismo.

—¿Qué hiciste? ¿Te has vuelto religiosa? —preguntó hoscamente.

El comentario era hiriente, pero Lainey intentó no desalentarse.

—Averigüé lo que debía haber sabido desde el prin…

—Ahórratelo.

«Asunto zanjado», pensó ella y terminó de quitársele el apetito. Pinchó otro trozo de carne e intentó masticarlo. Se le hizo difícil, y también tragarlo, por lo que agarró el vaso de agua y dio un sorbo. Estaba tan nerviosa que se atragantó. Se tapó la boca con la servilleta hasta que dejó de toser y se sintió aliviada al ver que Gabe no parecía haberse dado cuenta y no la miraba. El hecho de que él la ignorara tenía sus ventajas.

El obstinado silencio de Gabe y su desinterés por la conversación mostraban el poco interés que tenía por escuchar las disculpas de Lainey. Era como si sólo estuviera dejando pasar el tiempo. Pero ¿por qué? ¿Por qué aguantarla si no estaba interesado en sus motivos para estar allí?

Lainey hizo otro intento de comer, pero se dio por vencida y se quedó en silencio con las manos cruzadas sobre el regazo. Oía el tictac del reloj que había en el otro lado del comedor y cada segundo le parecía eterno. Cientos de segundos, miles de segundos…

Entonces entró Elisa con el postre. Retiró los platos y les sirvió unas copas llenas de *mousse* de chocolate adornado con nata montada. Era uno de los postres preferidos de Lainey, pero tampoco le apetecía. Como no podía rechazarlo, tomó un par de cucharadas y, de pronto, se le abrió el apetito y se lo comió todo. Concentrada en el postre no había mirado a Gabe, pero oyó un ligero ruido y alzó la vista a tiempo para ver que él le acercaba su propia copa, que no había tocado.

—Llena esos espacios vacíos —dijo en un tono grave y con una cierta dulzura masculina que la hizo estremecer.

—Pero ¿no lo quieres?

—Es tu postre favorito, pero no el mío.

La escrutaba con la mirada, pero con menos fuerza que antes. Lainey pensó que posiblemente le había pedido a Elisa que preparara ese postre especialmente para ella. Si así era, ¿por qué había sido tan duro durante la cena? ¿Tal vez su repentina generosidad era una manera de disculparse?

No podía despreciarlo y murmuró las gracias. Se lo comería aunque reventara.

—Elisa nos ha servido el café en el cuarto de estar.

Lainey volvió a sentirse angustiada. Al parecer, Gabe mostraba

intención de dejarla decir lo que tenía que decir, pero estaba preocupada de que rechazara sus argumentos.

—Necesito tener mi maletín.

Él la miró fijamente.

—Si se trata de papeles, no me interesan —dejó de mirarla mientras le cedía el paso para salir del comedor. Entonces se dio cuenta de que ella no sabía por dónde ir y la guió hacia el cuarto de estar.

Era una estancia que daba por un lado a un patio rodeado de árboles. Las otras paredes estaban forradas con estanterías llenas de libros y de objetos de arte de los indios norteamericanos. Los muebles eran pesados y masculinos, y el suelo estaba adornado con varias alfombras mexicanas de colores muy vivos.

Lainey se habría sentido cómoda en la habitación y habría examinado los objetos si el propietario no fuera Gabe. Se sentó en una de las sillas que él le señaló frente al enorme escritorio.

—Sírvenos a los dos, si quieres —dijo él, y se acomodó en su silla.

Ella le pasó la primera taza y luego se sirvió la suya. La apuró rápidamente y la dejó sobre la mesa. Estaba tan angustiada y nerviosa que decidió lanzarse.

—No sé por dónde empezar, pero hay varias cosas que mereces saber —se atrevió a mirarlo y vio que la estaba observando.

—Empieza por decir cuáles son tus planes para el mes de julio.

La petición la pilló desprevenida. Él le había dado un tono de petición, pero la frase era una exigencia. Julio era el mes en que se habían casado cinco años antes. Según el testamento de su padre, era en julio cuando la propiedad del Rancho Talbot pasaría a ella si había permanecido cinco años casada con Gabe.

—No he venido aquí por el control del rancho ni para ver qué pasa con nuestro matrimonio. He venido para pedir disculpas y, si te interesa, para explicarte por qué he actuado como lo he hecho.

—No me interesan tus bonitas disculpas. Lo que me interesa son tus planes para el mes de julio. ¿Vas a solicitar el divorcio?

Lainey podía percibir la voluntad de hierro que había detrás de sus palabras y la ira reprimida que contenían. Pero ¿por qué dudaba sobre la cuestión del divorcio después de lo que ella le había hecho durante esos cinco años?

En cuanto a ella, estaba dispuesta a divorciarse. Lo que Gabe no sabía era que ella estaba al corriente de lo que él había hecho a favor del Rancho Talbot, y pensaba recompensarlo.

—Hace poco me he enterado de que el rancho estaba prácticamente en bancarrota cuando tú te hiciste cargo —comenzó a decir—. Y parece ser que lo salvaste tú solo a pesar de lo que yo te hice. Yo creía que habías pagado los impuestos de mi herencia con el dinero de las inversiones de mi padre, pero ahora sospecho que los pagaste de tu propio bolsillo —él seguía impertérrito—. También estoy segura de que los cheques trimestrales, que yo creía que eran los beneficios que me correspondían por el rancho, también salían de tu bolsillo. Por lo tanto te debo una suma de dinero considerable, además de mis disculpas. En cuanto a julio, estoy segura de que no querrás permanecer casado conmigo ni un minuto más de lo que conviniste.

—¿Y eso por qué?

Era una respuesta inesperada y ella se quedó algo confundida hasta que creyó comprender que era el momento para las «bonitas disculpas», como él decía.

—Como ya te dije…

—Yo hice una promesa —dijo él cortándola—, «hasta que la muerte nos separe».

Esas palabras fueron un duro golpe para Lainey y se quedó sin aliento. Estaba anonadada. De pronto se dio cuenta del significado de lo que él acababa de decir.

«Yo hice una promesa…».

Una promesa hecha por un hombre cuyo apretón de manos al cerrar un trato nunca fallaba; una promesa hecha por un hombre cuyas palabras podían esculpirse sobre granito.

«Hasta que la muerte nos separe».

—No lo dirás en serio… —exclamó Lainey con un hilo de voz—. No hay ninguna razón para que te sacrifiques… —No le salían las palabras apropiadas y, mientras ella estaba confusa y azorada, él la observaba tranquilo esperando a que terminara de balbucear—. Sí, fue una boda, pero no un matrimonio real. ¿No fue solo un acuerdo de negocios para proteger mi herencia y no un matrimonio de verdad? —El subconsciente le había hecho formularlo como pregunta, aunque ella no quería preguntar eso.

Gabe se dio cuenta de lo nerviosa que se había puesto y deliberadamente tardó en contestar. Su respuesta fue demoledora.

—Ningún acuerdo de negocios de los que he hecho en mi vida llevaba la promesa «hasta que la muerte nos separe» pronunciada delante de un juez, ni tampoco una alianza. Ni la firma de una mujer junto a la mía en una licencia de matrimonio.

Lainey se sintió estremecer desde la cabeza hasta los pies e intentó pensar algo para contestarle.

—No lo dirás en serio. No puede ser cierto que me quieras. ¿Estás tratando de vengarte de mí por lo que te he hecho durante todos estos años?

Se quedó mirándolo fijamente, tratando de asimilar que Gabe Patton tenía la intención de permanecer casado con ella. No era un error, y se podía constatar en la expresión decidida de su rostro.

—¿Qué creías que yo iba a conseguir? —preguntó él y ella se sintió estremecer. Se le ocurría contestar: «una esposa», pero apretó los labios para no decirlo—. Durante cinco años me negaste los beneficios y privilegios del matrimonio que se había acordado. El trato no ha sido satisfecho.

El corazón de Lainey comenzó a latir cada vez más fuerte y más deprisa. Lo que él estaba diciendo era una pesadilla peor que enfrentarse a él para pedirle disculpas.

—Lo siento mucho —dijo con aspereza—, pero no es lógico pensar que permanecer casados otros cinco años va a satisfacer nada.

—¿Has hecho planes con otro hombre?

—Claro que no —respondió Lainey sonrojándose.

—¿Así que el hombre que tu madre había pensado para ti no logró pasar de la cena?

Ya no sólo estaba sonrojada. La cara le ardía y se sintió aún más culpable.

—Si sabes lo de ese hombre, también sabrás que no hubo nada más que una cena. Nada. Y había otras dos parejas con nosotros.

No podía soportar la mirada dura y fija de Gabe tratando de descifrar sus pensamientos y averiguar la verdad, pero no se atrevía a mirar hacia otro lado. Podía enfadarse con él por haber contratado a un detective para que la espiara, pero, después de lo que le había hecho, no podía censurarlo.

No había hecho nada que pudiera considerarse una traición, pero se sentía avergonzada porque Gabe lo sabía. No se había sentido atraída por el hombre con quien su madre la había persuadido a salir, y se sentía tan culpable que nunca más había dejado que Sondra le concertara otras citas con nadie.

—No debería haber salido con nadie por ningún motivo —reconoció—. Te pido disculpas por eso también.

—¿Para no tener ninguna distracción mientras cumples con tus promesas?

Lainey lo miró indefensa. A pesar de haber estado muy enamorada de Gabe, era como un extraño para ella. Pero un extraño que la detestaba. Había sido tonta al darle la oportunidad de que la destrozara como lo estaba haciendo.

—No creo que ninguno de nosotros desee eso —respondió temblorosa.

—No me refiero a «nosotros». Sólo a ti.

La forma en que pronunció «a ti» subrayaba lo que no decía: ella había recibido todos los beneficios del testamento de su padre, unos cuantos millones de dólares, sin darle nada a cambio a Gabe excepto disgustos y vergüenza. Era obvio que él no consideraba que la compensación económica que ella le ofrecía fuera suficiente para satisfacerlo.

Recordó que todo el mundo en esa parte de Texas sabía que se habían casado y que, por lo tanto, habrían notado que no había vivido con Gabe como esposa ni un instante. Y puesto que ninguno de los dos había vivido como ermitaño, las habladurías habrían sido muy intensas.

Ella se había apartado de sus antiguas amistades para protegerse y no oírlas, pero Gabe, que vivía allí, las habría sufrido, aunque nadie se habría atrevido a decirle nada a la cara.

El sentimiento de culpa que había tenido durante las últimas semanas no era nada comparado con el que sentía en ese momento. Se sentía atrapada y le remordía la conciencia.

Había privado a Gabe del matrimonio que habían acordado y él insistía en que cumpliera sus promesas y continuaran casados. Pero era una idea aterradora. No era posible mantener una relación normal con él después de cinco años de odiosa separación.

—Por favor, Gabe —masculló, pero él no la dejó terminar.

—Quiero herederos.

Capítulo 3

«HEREDEROS…».

Al oírlo Lainey sintió que la habitación daba vueltas y se agarró a la silla para sujetarse. Eso quería decir niños. Más de uno.

Un niño era algo incomprensible, pero más de uno era pura locura. Lainey estaba mirando a Gabe, pero no se había fijado en su expresión glacial ni en el brillo decidido de sus ojos porque estaba distraída imaginando unos niños hermosos, de pelo oscuro, con intervalos de edad de uno o dos años.

La voz ronca de Gabe hizo que la imagen desapareciera.

—Si te hubieras quedado, habrías cumplido con tu parte del trato Talbot y ahora estaríamos jugando con nuestros bebés.

La fría expresión del rostro de Gabe se suavizó momentáneamente al pronunciar «nuestros bebés», pero cambió de inmediato.

Después de vivir toda la vida con su madre, Lainey reconocía la manipulación emocional, pero eso no era manipulación. Era la pura verdad. Estaba segura de que si se hubiera quedado, todo habría terminado por funcionar.

Después de todo, aunque sus fantasías de adolescente sobre Gabe eran tales que ningún hombre las habría podido cumplir, ella había estado verdaderamente enamorada de él y había llegado a creer que era el único hombre que podría amar. Si no se hubiera conmocionado tanto por la muerte de su padre y lastimado al conocer el testamento, conseguir a Gabe Patton con tanta facilidad habría sido la realización de todos sus sueños románticos.

Así que era cierto que habrían podido estar jugando con sus hijos esa noche. Y cuestiones como lo que pasaría en julio o el estado de su matrimonio estarían más que resueltas.

Su padre habría esperado que ella hubiera participado en salvar el Rancho Talbot y el matrimonio. Si no lo había estipulado en el testamento era porque daba por sentado que ella respetaría sus deseos y su propia integridad y no quería ofenderla dejándolo por escrito.

Sus remordimientos se hicieron aún mayores y más grande su pesar. La expresión de Gabe al mencionar a los posibles bebés la había afectado.

Claro que Gabe Patton querría tener una familia. Él no la tenía desde que era adolescente. Tenía veintitantos años cuando se casó con ella, así que ahora tendría unos treinta y dos o treinta y tres. Lainey se avergonzaba de no recordar su fecha de nacimiento, pero lo que realmente la afectaba era recordar que había esperado mucho para compartir su vida con alguien, y que estar casado con ella lo había privado de encontrar a otra persona mejor.

Lainey no podía dejar de mirar a ese hombre autosuficiente, y a veces arrogante, que era tan duro y tan hosco. Al mirarlo, nadie se podía imaginar que algo pudiera herirlo o que tuviera algún punto débil o vulnerable. Pero ella lo había detectado.

Su padre respetaba a Gabe y admiraba sus logros, y Gabe consideraba a su vecino como un amigo de confianza. Ninguno de los dos creía que el testamento fuera necesario. Pero John Talbot lo había hecho como precaución para salvaguardar los intereses de Lainey frente a las manipulaciones de su madre hasta que consiguiera independizarse de las exigencias de Sondra y regresara al Rancho Talbot. Lainey estaba segura de que habría revocado todas las condiciones en cuanto ella se hubiera liberado.

Entretanto, John probablemente esperaba recobrar él mismo la riqueza del Rancho Talbot. Pero su muerte repentina había hecho caer ese reto sobre los hombros de Gabe, junto con una esposa rebelde.

Y, por supuesto, la esposa rebelde lo había abandonado todo.

Lainey consiguió reunir fuerzas para preguntar:

—Si sabías que el Rancho Talbot estaba en bancarrota cuando celebramos la boda, ¿por qué no te negaste a casarte conmigo?

Seguro que entonces ya sabías que yo no me merecía nada y, mucho menos, que perdieras un solo minuto de tu vida —se arrepintió de sus palabras al recordar que Gabe Patton no actuaba así. Su palabra era sagrada para él. Si ella se merecía algo o no, no era la cuestión. Él había dado su palabra. No era su intención ofenderlo y trató de rectificar—. La pregunta no pretendía ofenderte.

—Tu padre me pidió que velara por ti si él no podía —dijo Gabe con voz triste, tras un largo silencio. No parecía haberse ofendido—. Un hombre trabaja toda su vida para dejar, con orgullo, algo para sus hijos y los hijos de sus hijos: John quería que fueran para ti cada hectárea y cada centavo de Talbot.

Lainey se emocionó al oírlo. Igual que John Talbot había querido transmitirle a ella el fruto del trabajo de su vida, Gabriel Patton querría pasárselo a sus hijos. La única herencia que él había recibido había sido una vieja silla de montar y una caja de ropa.

El había hecho un trato para obtener a cambio una esposa y unos hijos y ella se lo había desbaratado. Le había frustrado toda posible oportunidad de felicidad y lo correcto era dejarlo libre. Había multitud de mujeres que lo merecían más que ella.

—Ya has visto cómo puedo ser —intentó ella de nuevo—. Estoy segura de que lo que menos te conviene es tener hijos con una mujer que se ha comportado como yo lo he hecho.

Lainey se sintió algo aliviada porque había presentado un buen argumento para demostrar que el matrimonio no podía funcionar. Pero Gabe habló de nuevo y sus palabras no dejaban escapatoria.

—Hoy dijiste que lo sentías mucho, y que me implorarías si fuera necesario —su expresión seguía con la misma dureza—. Es fácil decirlo.

Entonces se puso en pie, rodeó el escritorio y agarró su sombrero negro que estaba en un anaquel. Luego, puso la mano sobre el picaporte de una de las puertas.

—Estaré fuera hasta la noche. Supongo que averiguaremos muy pronto si te pareces a John o a Sondra.

Abrió la puerta y miró a Lainey. Sus ojos brillaban intensamente con el frío del acero.

Sólo la miró unos segundos, pero hizo que la piel de Lainey ardiera. Era una mirada descaradamente posesiva. Fuera lo que fuera lo que quería decir con «si te pareces», Lainey intuyó que para

él nada había terminado. Eso quedaba perfectamente claro.

—Habríamos compartido la misma cama en nuestra noche de bodas —añadió él en un tono grave y tranquilo—. Si tu palabra tiene algún valor, dile a Elisa que ponga tus cosas en mi cuarto.

Por fortuna Lainey estaba sentada y no de pie, porque se quedó anonadada. Se quedó mirándolo fijamente y sin poder reaccionar mientras él salía y cerraba la puerta tras de sí en dirección a los establos.

Lainey no podía casi respirar y se sentía como si le hubiera caído encima una avalancha de piedras.

«Si tu palabra tiene algún valor…».

Era la última oportunidad de cumplir con los últimos deseos de su padre y con su obligación hacia Gabe. Percatarse de ello era como precipitarse directamente al desastre y al vacío.

Durante semanas Lainey había estado pensando en cómo resarcirlo por lo que le había hecho. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para demostrarle a Gabe que lamentaba lo ocurrido.

Había hecho planes para contratar un equipo contable que investigara cada centavo que Gabe había gastado para remontar el Rancho Talbot y poder así hacerle una oferta económica justa. Había pensado en resarcirlo con tierras y con dinero, pero nunca había imaginado que él quisiera lo que le había pedido.

«Dile a Elisa que ponga tus cosas en mi cuarto».

Algo muy femenino comenzó a palpitar dentro de ella. Era una mezcla sensual de excitación, miedo y emoción. Todas la fantasías que había tenido sobre Gabe desde que tenía dieciocho años hasta que, a los veinte, había muerto su padre brotaron de nuevo con fuerza.

La mirada oscura y posesiva que Gabe le había dedicado la había hecho pensar en lo que ocurriría si consumaran el matrimonio, si durmiera en su cama esa noche. ¿Cuáles eran las expectativas que él sin duda tenía sobre lo que ocurriera allí?

Pero ésas eran expectativas que Lainey no podía cumplir. No se conocían apenas y ella no estaba segura de Gabe, al margen de lo fiable que fuera su palabra. No era posible que él la amara. No era posible que nunca la amara después de lo que ella le había hecho.

Fue entonces cuando se dio cuenta del desgaste producido por todos los temores y remordimientos que la habían atormentado

durante tantas semanas y que, en ese momento alcanzaban un punto inimaginable.

Por unos instantes consideró rechazar la propuesta de Gabe, pero se puso en pie y, con desgana, fue hacia la puerta que daba al vestíbulo.

Él tenía razón. Una cosa era pronunciar unas palabras creyendo ser sincera y otra muy distinta que alguien esperara que se cumplieran. ¿Acaso ella no sabía que acabaría cumpliendo con lo que él esperaba?

Antes de que se le evaporara toda la valentía, buscó a Elisa. Luego, iría a buscar a Gabe. Al margen de lo que él hubiera dispuesto para esa noche, tenía que encontrar alguna manera de hacerle prometer que no habría ninguna intimidad entre ellos antes de que llegaran a conocerse mejor. Quizá, si ella lograba hacerle entender que estaba dispuesta a seguir adelante con el matrimonio, él se retractaría de su exigencia de compartir la cama desde la primera noche.

Faltaba aún una hora para el crepúsculo cuando Lainey se lavó los pies y se puso las botas para la caminata hasta los establos. Encontró a Gabe en uno de los prados rodeado de una docena de potros recién destetados.

Verlo allí acariciando a cada uno de los animales le recordó algo que siempre había admirado en él. A Gabe se le daban muy bien todos los animales y, en especial, los caballos. Tenía mucha paciencia y lograba que confiaran en él.

Nunca había tolerado que los maltrataran. Lainey y su padre estaban en el Rancho Patton el día que un mozo de cuadra nuevo le había pegado a un caballo con una cadena porque se había asustado al oír el motor de un tractor. Gabe había despedido al mozo de inmediato y apenas había logrado contenerse para no utilizar la cadena contra él.

Un hombre que se indignaba por el maltrato a un animal, pero que podía suprimir una reacción violenta era, sin duda, un hombre que podía controlar sus emociones y sus instintos pasionales. Darse cuenta de eso le sirvió a Lainey de consuelo.

Gabe debió de darse cuenta de que ella había llegado al prado porque la atención de los potros se centró en ella, pero aparentó no verla hasta que se aproximó.

Los potros se arremolinaron junto a ella y sus narices aterciopeladas la inspeccionaron. Lainey acarició a algunos de ellos y cuando miró a Gabe se percató de que él la estaba mirando.

—Me preguntaba si podrías considerar ir un poco más despacio en este asunto —comenzó a decir logrando que no le temblara la voz. Él apretó ligeramente los labios y ella continuó—. Le dije a Elisa exactamente lo que tú me dijiste para demostrarte mi buena voluntad. Pero esperaba que me dejaras usar el dormitorio que se conecta con el tuyo hasta que nos sintamos un poco más… cómodos el uno con el otro.

Gabe la estaba mirando en silencio y cuando ella acabó de hablar contestó:

—Nunca he forzado a una mujer y no voy a empezar a hacerlo con mi esposa.

Sus palabras conmovieron a Lainey. Bajo esa apariencia dura, ella podía percibir una cierta ternura masculina que denotaba carencias afectivas y vulnerabilidad. Pero, probablemente, estaba imaginando en él las cosas que habría deseado en un marido.

—Somos casi extraños —dijo con dulzura—, y ésta es la primera noche que vamos a pasar bajo el mismo techo.

La ternura que había imaginado se desvaneció y sus ojos volvieron a brillar implacables.

—Hay que marcar el rumbo desde el principio. Funciona muy bien con el ganado y con los empleados, y debería funcionar también con una esposa.

Eran palabras muy burdas y Lainey se puso nerviosa. Intentó rebatirlas.

—Quizá —concedió, cuidando de no ser desafiante—. Pero no estás poniéndoles una silla de montar a los potros. Aunque son jóvenes, tú sabes que necesitan un tiempo para acostumbrarse a ti, y para que puedas ganarte su afecto y su confianza.

Gabe no se inmutó.

—¿Lo que quieres es que te acaricie, examine tus pies y te frote por todas partes como hago con los potros?

Ella se sonrojó.

—Eso no es lo primero que haces. Te estuve observando. Primero los dejas acercarse moviéndote despacio, muy despacio. Nunca los agobias. Sólo esperas y los persuades lentamente. Cuando

por fin se acercan a ti están contentos de hacerlo.

La expresión en el rostro de Gabe se suavizó un poco.

—Ya no eres una niña, Lainey —dijo en voz baja—. Lo eras cuando tenías veinte años, pero ya han pasado cinco. —Lainey se quedó sin aliento, intuyendo lo que iba a seguir—. Cuando llega un caballo crecido que no ha sido domado, lo mejor es empezar cuanto antes. Hay que recuperar muchos años de entrenamiento y, como un caballo adulto puede resistir una silla antes de media hora, no hay razón para retrasar el poder utilizarlo. No hay que darle la oportunidad de que esté ocioso entre las personas, ni hay que consentirlo —era sorprendente cómo se había apropiado de su analogía y se la había devuelto. Pero había aún más—. He pasado mucho tiempo sin sexo, señora Patton —dijo bruscamente—. Años —una confesión tan sincera la conmocionó y un extraño calor recorrió todo su cuerpo. Se sintió débil y mareada. Los ojos de Gabe brillaban con más intensidad y ella se dio cuenta de que la expresión de su cara lo había ofendido. Él continuó con un gruñido —. Supongo que aún me puedo dominar, ahora que la sequía está a punto de acabar.

—No pretendía sugerir que eres una especie de…

—Los días comienzan antes aquí que en la gran ciudad —la interrumpió Gabe señalando hacia la casa con la cabeza—. Será mejor que te prepares para acostarte pronto antes de que yo vuelva.

Lainey lo miró alejarse, incrédula, pensando que había empeorado las cosas, y se apresuró a seguirlo.

—Lo siento, Gabe. Al parecer no hago más que decir lo que no debo —pero él siguió andando, seguido de algunos potros y sin mostrar ningún signo de ablandarse. Lainey lo intentó de nuevo—. Estoy tratando de decir que somos dos extraños. No me opongo a compartir tu habitación, pero comprenderás que me sienta incómoda tan pronto. ¿No te pasa lo mismo? Tú tampoco me conoces, y lo poco que sabes de mí no ha sido bueno. No puede ser que te sientas cómodo al pensar en dormir junto a mí.

—¿Eres peligrosa? —Gruñó él sin mirarla siquiera.

—No, claro que no. Pero aun así somos dos desconocidos.

—Eso cambiará esta noche. Y mañana, y pasado mañana y todos los días y noches siguientes —llegaron a la puerta de la cerca. Lainey estaba tan frustrada e intimidada que no sabía si gritar o

llorar. Gabe abrió la puerta lo suficiente para que ella pasara y luego pasó él. Tras poner el pasador, él la miró inflexible—. Será mejor que vayas a la casa.

Su tono era más suave, pero igual de contundente, y Lainey percibió que el asunto de dónde él esperaba que ella durmiera esa noche estaba zanjado. Sólo le quedaba decidir qué era lo que iba a hacer. Pero, si era sincera en cuanto a cumplir con sus obligaciones hacia su padre y hacia él, estaba claro que no tenía elección.

Lainey retrocedió un paso con la esperanza de que él cambiara de opinión antes de dirigirse hacia la casa. Era consciente de que estaba pagando por lo que le había hecho a Gabe, pero ¿llegaría algún día a saldar su cuenta?

«Muéstrale de qué estás hecha…».

El sonido de la voz de su padre, lo hubiera soñado o no, hizo que Lainey se percatara de que la única forma de saldarla era cumplir sus promesas hacia Gabe según las condiciones que él le imponía.

* * *

Lainey vio las ventajas de ducharse y prepararse para la cama antes de que Gabe regresara a la casa. Habría sentido aún más timidez sabiendo que él la esperaba fuera del baño, en el dormitorio, mientras ella efectuaba todas sus rutinas nocturnas.

Había estado reflexionando sobre todo lo que Gabe había dicho y hecho esa tarde. Aunque parecía absolutamente decidido a que ella cumpliera con las promesas del matrimonio, cabía suponer que no fuera más que una simple venganza antes de divorciarse.

Se preguntaba por qué un hombre autosuficiente como Gabe, que alegaba tomar muy en serio la parte de «hasta que la muerte…» de las promesas del matrimonio, fuera capaz de comprometerse con una mujer que no amaba y de la que no podía estar seguro de que llegara a amarlo. Sobre todo cuando podía escoger a la mujer que se le antojara.

Le pareció que la respuesta estaba en que su adolescencia, y la manera obsesionada con que había conseguido hacer algo de sí mismo, no le habían dejado tiempo para los rituales suaves y

civilizadores que otros hombres realizaban durante los primeros años de madurez.

A ella misma el matrimonio con Gabe le había supuesto un freno porque había tenido que dejar de salir con chicos. Pero, al menos, antes de casarse había pasado algunas veces por el ritual social de que un joven la invitara a salir, le llevara flores y aguantara las cuatro palabras en privado de su padre antes de permitirle salir con él.

Trató de recordar si Gabe había salido con alguien. Antes de que comprara el rancho, se rumoreaba que había salido con algunas mujeres con suficiente sentido común para saber que él no podía permitirse llevarlas a buenos restaurantes, pero que se habían fijado en Gabe porque era muy atractivo y masculino.

Mujeres que, al parecer, se sentían atraídas sexualmente y a quien no les preocupaba que no fuera rico o que sudara y se ensuciara las manos para ganarse la vida, pero que lo habían dejado en cuanto había aparecido un hombre más rico.

Quizá la oportunidad de conseguir una esposa apropiada sin pasar por las delicias sociales del cortejo le había parecido una forma más práctica y menos arriesgada que exponerse a las cazafortunas.

Gabe se había vuelto mucho más duro y directo y, posiblemente, prefería la eficacia y falta de emociones de un matrimonio concertado.

Lainey esperaba que Gabe hubiera cortejado a alguna mujer honesta con sinceridad y formalidad. Si lo único que había hecho era salir con chicas a quienes no les importaba nada más que el sexo o el dinero, su concepto de llegar a conocerse mejor sería puramente carnal.

Al margen de las razones de Gabe para casarse con ella, el que lo hubiera avergonzado y humillado una y otra vez, y que todo el mundo lo supiera, le había dado un duro golpe a su orgullo. Ella lo lamentaba y se arrepentía amargamente, pero comprendía que él quisiera tomar la revancha y humillarla también.

Lainey paseaba con nerviosismo de un lado a otro de la habitación. Temía que fuera imposible llegar a confiar el uno en el otro. Obsesionada con la culpa de lo que había hecho, se preguntaba si debía exponerse a su venganza o agarrar sus cosas y

salir corriendo hacia Chicago.

Pensó que seguramente su abogado podría desenredar el lío que ella había formado con su herencia y su matrimonio. Ella había condenado el matrimonio ya antes de celebrar la boda, y, en justicia, debía compensar generosamente a Gabe por todos sus esfuerzos para sacar a flote al Rancho Talbot, aunque fuera dándole la mayor parte de su herencia.

Y si se la daba y se quedaba solo con la casa principal y unas cuantas hectáreas, ¿acaso iba a tener la valentía de vivir allí después de lo que había hecho? Puesto que ya le debía a Gabe una fortuna, quizá sería mejor dejárselo todo.

Los nervios y el cansancio aumentaban su desazón, y casi sintió alivio cuando oyó los pasos de Gabe delante de las cristaleras que daban al patio. Él dejó de dar zancadas, se apretó el cinturón de la bata y se volvió hacia la puerta, y entonces Lainey se dio cuenta de que debería haber corrido las pesadas cortinas. Corrió hacia el ventanal para apartarlas, pero Gabe ya lo había hecho y acababa de entrar. Lainey estaba temblando, y se agarró las manos para disimular su nerviosismo.

Gabe cerró la puerta y dejó que la cortina volviera a su sitio antes de mirarla. El reloj de pared acababa de dar las diez, y Lainey pensó que era mucho más tarde que el anochecer.

Y mucho más tarde para ella de lo que se temía.

Capítulo 4

El brillo en la mirada de Gabe se convirtió en puro fuego cuando se fijó en el cabello de Lainey, recién cepillado, y recorrió despacio todo su cuerpo de arriba abajo. No había perdido detalle, y dejó a Lainey con la sensación de que él había puesto las manos en cada lugar en que se había detenido.

—¿Cómo se llama ese color?

—El vendedor lo llamó «oro», pero creo que es demasiado amarillo para llamarlo así.

—¿Es el único tipo de pijama que has traído?

Lainey no había reparado en que su pijama y su bata larga ocultaban más y eran más recatados de lo que a cualquier marido le habría gustado. En especial, a un marido que parecía decidido a recuperar el tiempo perdido.

—Es el estilo que suelo utilizar.

—La próxima vez que estemos en San Antonio compraremos algo más femenino.

Lainey bajó la vista. Nunca había considerado que preferir los pijamas a los camisones fuera poco femenino.

—A los hombres nos gusta que, en privado, nuestra mujer lleve algo de encaje con lazos —la candidez de Gabe sugería, no sólo su anhelo por la suavidad de una mujer, sino su aprecio por la femineidad. Bajo su capa de dureza escondía un interior bastante vulnerable—. ¿Vas a preguntarme otra vez por la otra habitación? —inquirió Gabe al ver que Lainey alzaba la vista. La miró fijamente mientras se quitaba el sombrero y lo colgaba en el respaldo de una

silla.

—¿Quieres que lo haga?

—No, señora, no quiero.

El tono de su voz era grave, pero suave, y Lainey se ablandó. Ya no era un dictador dando órdenes, pero sí un hombre duro que, dejando a un lado algo de su complejidad, intentaba hacerse un poco más agradable.

Lainey percibió la sutil invitación a un acercamiento reflejada en su mirada. Era como si Gabe supiera lo duro que resultaba para ella pensar en compartir la cama con él esa noche, y estuviera intentando tranquilizarla, aunque ambos supieran que no iba a echarse atrás y que tendría que dormir con él.

¿Estaba intentando tranquilizarla, o era que ella estaba tan nerviosa que se lo imaginaba?

La masculinidad que él exhalaba, y que tanto atraía a otras mujeres, la estaba seduciendo. Gabe nunca le había sido indiferente, aunque ella tratara de negarlo durante tantos años.

Por primera vez se dio cuenta de que toda esa masculinidad estaba dirigida hacia ella, como si no pudiera evitar tomarla y poseerla. Gabe estaba decidido a aprovechar su matrimonio y ésa era, con seguridad, la razón de su reciente intensidad.

Lainey había comprendido que ella no era su verdadero objetivo, sino sólo el medio de obtenerlo. Estaba segura de que no era la elegida de su corazón.

Pero, bajo la mirada oscura que la devoraba, era difícil pensar que Gabriel Patton habría mirado así a cualquier mujer con quien se casara, y que habría llevado a cabo la misma estrategia con tal de evitar un divorcio y conseguir los herederos que había deseado.

Gabe seguía de pie como si estuviera esperando que ella diera el primer paso. El aire estaba denso de expectación. Lainey decidió que estaba demasiado cansada para interpretar sus gestos, y que no debía dejarse llevar por las impresiones más optimistas. Entonces, él habló:

—Quizá si le dieras la bienvenida a tu esposo como lo suele hacer una esposa cuando él entra en casa, te encontrarías más cómoda.

El comentario la desconcertó. ¿Era un adelanto de la venganza que le tenía preparada, o una señal de su impaciencia por llegar a

una total intimidad?

Tal vez, era la manera de ir al grano de un hombre duro y pragmático que no quería esperar a que la naturaleza siguiera su curso, y había hablado así porque rara vez permitía que lo gobernaran sus emociones y la instaba a que ella tampoco lo hiciera.

Por mucha paciencia que Gabe mostrara con los animales, estaba claro que no la mostraba con ella, y que pensaba presionarla para que cumpliera, sin esperar a que surgiera algún sentimiento entre ellos.

Por mucha culpa y remordimientos que sintiera por lo que le había hecho a Gabe y por las cosas de las que lo había privado, Lainey no quería comenzar la parte física de su matrimonio en frío y sólo por cumplir. Consiguió reunir suficiente valentía para hacérselo saber.

—¿No preferirías que hubiera unos sentimientos verdaderos? —preguntó tímidamente—. ¿O se trata sólo de sexo y de herederos?

—No se tratará más que de eso si no hay un intento sincero por tu parte de que haya algo más.

Los oscuros ojos de Gabe se clavaron en los de Lainey y ella tuvo una nueva impresión. ¿Podría ser que ese rudo hombre que iba al grano y no parecía albergar sentimientos tuviera alguna fantasía sobre la relación entre esposas y esposos? Seguro que no, pero se intuía algo parecido al anhelo en lo que había dicho.

«Quizá si le dieras la bienvenida a tu esposo como lo suele hacer una esposa cuando él entra en casa…».

Gabe extendió la mano hacia ella y su voz ronca se suavizó.

—Ven aquí, Lainey.

Algo muy vulnerable y femenino dentro de ella se estremeció con una mezcla de miedo y de excitación. Como si la mano de él fuera un imán que ella no pudiera resistir, se acercó un poco.

Pensó que era tonta por tenerle miedo. Lo que Gabe le pedía era inofensivo. No parecía que él esperara llegar hasta el final, sino que ella le diera la bienvenida como lo haría una esposa. Eso no significaba que ella tuviera que echársele encima, ni él a ella. Con toda seguridad, un leve saludo de esposa no era nada comprometido.

Una cosa era pensarlo y otra distinta, creerlo. Pero Lainey se

acercó a él y puso una mano en la suya y la otra sobre un hombro para instarlo a agacharse. El roce de su mano encallecida y la dureza de los músculos bajo la camisa azul hicieron que se estremecieran todos sus lugares femeninos.

Era un gigante comparado con ella, pero cuando se inclinó como respuesta a la presión sobre su hombro, Lainey se sintió como la mujer más fuerte y poderosa del mundo.

Sus miradas se cruzaron y ella se estremeció al sentir el cálido aliento sobre su cara. En el último instante, se acobardó. En lugar de besarlo en los labios como él, sin duda, esperaba, lo besó en la mejilla.

Con la otra mano él le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. Lainey sintió que las piernas le fallaban al notar cómo el calor de su cuerpo atravesaba su ropa y ella no se podía mover. Gabe la miró fijamente a los ojos y, por fortuna, su mirada no mostraba ni impaciencia ni decepción.

—Hueles muy bien y estás muy bonita esta noche —susurró en un tono sincero, que a Lainey le llegó al corazón, mientras le pasaba una mano por la espalda sobre la bata de seda. Al notarlo, ella sintió una oleada de calor que le recorría todo el cuerpo. No podía hablar y no pudo ni siquiera darle las gracias por el cumplido—. Retiro lo de que tu pijama no era femenino. Es suave y transmite el calor de tu cuerpo. Así me imagino el tacto de tu piel desnuda. A un hombre le gusta el tacto de la piel de su chica aún más que las cintas y el encaje.

La manera en que Gabe había pronunciado esas palabras las convertía en muy sensuales. Como si no le bastara tocar una vez el pijama, siguió frotándole la espalda en círculos lentos que tenían un efecto hipnótico.

Guió la mano de Lainey hacia su propio pecho, y así estuvieron unos instantes, sin moverse ni acercarse. Sentir el ritmo fuerte de los latidos del corazón de Gabe bajo la palma de su mano llenaba a Lainey de una sensación de sensualidad que no esperaba.

Despacio, tan despacio que ella casi no se dio cuenta, Gabe se inclinó sin dejar de mirarla, y ella pudo sentir su cálido aliento sobre la cara. Estaba tan cerca y le producía tal efecto que cerró los ojos.

Lainey no podía respirar, paralizada por la certeza de que él

estaba a punto de besarla, y los instantes le parecieron eternos.

Por fin los labios recios de Gabe se posaron con suavidad en los suyos. Ella se emocionó profundamente al sentir ese beso tan dulce que transmitía toda la ternura que él guardaba.

Gabe era tan grande y tan rudo, tan duro e implacable que el contraste con su exquisita ternura la conquistó.

El beso terminó con tanta dulzura como había comenzado. No había sido más que una muestra, pero había sido tan intensa que Lainey se volvió a quedar sin respiración. Abrió los ojos a tiempo de ver que él se apartaba.

—Será mejor que durmamos un poco.

Su voz volvía a ser hosca; el asunto del beso y los momentos de sensualidad eran capítulo cerrado. Gabe la soltó y cruzó el cuarto hasta el vestidor. Lainey, todavía aturdida, se giró y lo vio entrar, y se quedó pensando si habría hecho algo mal. «¿Se habrá decepcionado?», se preguntó.

Gabe no cerró la puerta del vestidor y ella pudo ver cómo se quitaba las botas y comenzaba a desabrocharse la camisa. Cuando se la quitó, estaba de espaldas y ella pudo admirar la llamativa musculatura que se dibujaba en sus hombros desnudos, sus brazos y su torso.

Cuando le llegó el turno a la hebilla del cinturón, Lainey pensó en la naturalidad con la que él se desvestía, a pesar de saber que la puerta estaba abierta y que ella estaba mirando. Actuaba como si hubieran vivido como marido y mujer durante años.

Lainey dio media vuelta y fue hacia la cama para deshacerla. Oyó que se cerraba la puerta del baño y supo que Gabe había terminado de desvestirse y que probablemente iría a la cama en pocos minutos, así que ésa era su última oportunidad de quitarse la bata y meterse en la cama antes de que él la viera. Después de que aquellos momentos de sensualidad terminaran tan de repente, se sentía más cohibida que nunca.

De pronto, se percató de que después de desvestirse no le había visto ponerse nada. ¡Esperaba que se pusiera algo encima para dormir!

Lainey se tapó, nerviosa, y se quedó mirando al techo. Oía correr el agua en el cuarto de baño, pero, después de tantas semanas de angustia, estaba tan cansada que se le cerraban los ojos y sólo

deseaba dormir.

Pensó que seguramente Gabe iría a la cama, apagaría la luz, se daría media vuelta y se dormiría. Había dejado de importarle si se acostaba vestido o no, ya que ella llevaba un pijama abotonado de arriba abajo y él había prometido postergar la intimidad. La indiferencia que él había mostrado después de aquel beso que a ella la había estremecido significaba, sin duda, que no habría nada más esa noche.

Había sido un beso tierno y casto que no presagiaba la intimidad que ella deseaba postergar. Tranquilizada por esa reflexión, Lainey se quedó dormida antes de que se abriera la puerta del cuarto de baño.

* * *

Gabe se dio cuenta de que Lainey estaba profundamente dormida porque su rostro había dejado de estar tenso. Su respiración lenta y acompasada demostraba que no estaba fingiendo. Se deslizó entre las sábanas, se acostó de lado con la cabeza apoyada en una mano y se quedó mirándola sin recato.

¿Hasta cuándo sería capaz de seguir el juego? Después de tantos años bajo la influencia de Sondra, era posible que Lainey fuera capaz de imitar la duplicidad de su madre. Estaba claro que recelaba de él y que no quería cumplir con las promesas del matrimonio.

Gabe le retiró con dulzura un mechón de pelo de la cara e intentó colocarlo con el resto de la melena. El cabello era muy suave y Gabe disfrutó de su tacto unos segundos, y no pudo resistir la tentación de acariciar la piel sedosa de la mejilla. Pero después de cinco años de ofensas y frustración estaba enojado. Y mucho más esa noche, ya que la causa estaba acostada junto a él.

Aunque Lainey afirmaba que se había dado cuenta de la verdad, y parecía que se sentía culpable, necesitaría una gran cantidad de voluntad y determinación para redimir su culpa. Si es que deseaba hacerlo. Además, él no pensaba arriesgarse a criar unos hijos con una mujer que no tenía palabra.

Por eso él quería forzarla al límite. Calculaba que los días

siguientes, o las semanas, si Lainey seguía el juego, les darían suficientes oportunidades para ver si ella era tan seria para cumplir sus promesas como lo era él. Y para ver si se podía confiar en ella.

Gabe se dio media vuelta y apagó la lamparilla antes de taparse y ponerse boca arriba. Se quedó mucho tiempo despierto en la oscuridad, escuchando la respiración de Lainey, y sin permitirse pensar en el desenlace que tanto había deseado. Había esperado demasiado tiempo para creer que podía hacerse realidad. Con Lainey.

Tampoco quería pensar en lo que había sentido cuando la tuvo entre sus brazos. Su insistencia en que compartieran la cama ponía más a prueba su dominio de sí mismo que la sinceridad de ella.

* * *

No había sonado ningún despertador, pero algo la despertó. Al darse la vuelta en la cama, Lainey notó que la cama estaba inclinada. Abrió los ojos y se sorprendió al ver a Gabe, sentado junto a ella sobre la cama, y vestido para un día de duro trabajo. Tiró de la sábana para cubrirse.

—Pensé que te costaría acostumbrarte a lo mucho que madrugamos por estas tierras —dijo él con la voz todavía carrasposa, mientras le alcanzaba una taza de café negro caliente. Él no soltó la taza hasta que notó que ella la tenía bien agarrada. Y durante unos instantes, sus dedos estuvieron rozándose. La sensación de tener sus pequeños dedos sobre los dedos grandes y duros de Gabe hizo que a Lainey se le acelerara el corazón. Subió la mano un poco hasta tener bien agarrada la taza y, entonces, Gabe la soltó.

—¿Qué hora es? —carraspeó ella antes de darle un sorbo al café.

—Son casi las cinco.

Lainey rezongó. Hacía tiempo que no se había despertado tan temprano.

—Supongo que no podré quedarme en la cama hasta las siete más o menos, ¿verdad?

—¿Demasiado blanda para aguantar?

Lainey observó los rudos rasgos de la cara de Gabe. Su expresión

era más dura que nunca, pero dejaba traslucir un cierto destello de humor.

—¿Crees que no puedo seguirle el ritmo a un hombre de verdad?

Gabe esbozó una leve sonrisa.

—Quizá en unos días serás capaz de permanecer sobre un caballo durante más de un par de horas. Probablemente tardarás más de seis semanas en llegar a realizar una jornada completa de trabajo.

Lainey dio otro sorbo del café. Percibía que no se trataba de un desafío, sino que le estaba tomando el pelo.

—¿Seis semanas completas, eh?

—Tenemos una almohada de encaje en el establo para la gente de ciudad.

Lainey no pudo evitar una sonrisa. Recordaba lo suficiente sobre el trabajo de un rancho para saber que no podía estar al mismo nivel que cuando lo había dejado, pero estaba segura de que se pondría al día enseguida.

—De acuerdo, señor machote. Pero no me des un potro salvaje el primer día.

—Claro que no, señora.

Gabe le sonrió con una sonrisa sincera que lo transformó en el hombre más atractivo que ella jamás había visto. De pronto se sintió muy cerca de él y que la invadía una oleada de afecto.

Se dio cuenta de que casi no sentía timidez charlando con Gabe, tumbada en su cama, mientras él estaba sentado en el borde. No se había percatado del momento en que él se había acostado ni de cuándo se había levantado. Gabe había hecho todo lo posible por no molestarla en toda la noche y, posiblemente por eso, ella confiaba más en él y se sentía más cómoda.

Las pequeñas bromas entre ellos habían hecho brotar un frágil hilo de compañerismo.

Por primera vez en varias semanas, Lainey estaba tranquila y optimista. Era como si se hubiera roto la barrera que había entre los dos, y se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Hasta que la sonrisa de la boca de Gabe volvió a convertirse en una línea dura, llevándose consigo la chispa de humor y la sensación de cercanía.

—Te veré a la hora de desayunar —se puso en pie, agarró su tazón de café medio vacío y salió por la puerta que daba al vestíbulo, cerrándola tras de sí.

Era como si él se hubiera permitido relajarse unos momentos y, al notar que su actitud hacia ella se ablandaba, hubiera decidido cortar abruptamente. Igual que con el beso de la noche anterior. Por un momento, se había dejado llevar por la sensualidad, lo mismo que ella, y luego se había cerrado y convertido en un hombre de hielo.

Pero ¿cómo no iba a hacerlo?, pensaba Lainey. Él no confiaba en ella y su relación era muy precaria. Tendría que esforzarse mucho para demostrarle su buena fe y para compensarlo por muchas cosas. Tanto que parecía casi imposible.

Lainey saltó de la cama y fue hacia el armario para sacar algo de ropa de trabajo que había llevado con ella.

Capítulo 5

El desayuno transcurrió casi en silencio y el optimismo de Lainey desapareció por completo. A juzgar por la actitud de Gabe, los momentos de calma no debían de haber existido.

Gabe hojeaba el periódico mientras desayunaba. El que no respondiera más que con monosílabos a los comentarios y preguntas que ella le hacía resaltaba la distancia que había vuelto a establecerse entre ellos.

Consciente de que pasaría mucho tiempo hasta la hora de comer, Lainey se tomó un desayuno completo. Era lo máximo que había comido durante días, lo cual ya era algo. Pensaba que un buen desayuno generaba mucha energía y que la iba a necesitar para el trabajo del rancho. Hasta que se acostumbrara, el mero hecho de estar al aire libre le iba a resultar agotador y quería hacer lo posible para aminorarlo.

A pesar de las continuas pegas que ponía su madre, el padre de Lainey la había educado, desde niña, a trabajar tan duro como si fuera un chico y a desarrollar la destreza y energía de cualquier hombre. Estaba segura de que no había perdido tanto como para volverse inútil, pero era necesario que evitara que el entusiasmo le nublara el sentido común.

La emoción que sentía por volver a montar a caballo ayudó a compensar el sentimiento de decepción que la embargaba. Se extrañaba de haber podido permanecer tanto tiempo alejada de Texas. En Chicago, atender a las necesidades de su madre no le había permitido ir a montar de vez en cuando. Por otra parte, las

limitaciones de un picadero o un camino de herradura, y el no disponer de espacios abiertos, lo hacían menos apetecible.

Incluso había tenido dificultades respecto al trabajo, porque los problemas de Sondra y sus continuas enfermedades impedían que encontrara uno que le gustara, y si lo encontraba, no podía conservarlo. Siempre había sido difícil encontrar ayuda para sustituirla en casa porque Sondra era poco amable con las empleadas, y por eso Lainey había desistido de trabajar.

Las enfermedades que Sondra tenía también eran complicadas porque había escogido médicos que aceptaban sus indicaciones en lugar de otros que la convencieran de lo positivo que era realizarse pruebas específicas para poder diagnosticar y tratar sus enfermedades.

Durante el último año, Sondra había ido decayendo emocionalmente hasta que un accidente de coche había terminado de forma repentina con su vida.

Lainey se preguntaba si los problemas de su madre provenían de su amargura y su sentimiento de culpa, o si habían sido el resultado de algún tipo de enfermedad mental que había nublado su capacidad de juicio. Lainey pensaba que nunca sabría la respuesta puesto que Sondra nunca quiso aceptar asistencia psicológica.

Después del accidente mortal, Lainey comenzó a buscar un trabajo, pero la idea de permanecer encerrada todos los días en un edificio con aire acondicionado no la atraía. Muchas veces había considerado tragarse el orgullo y volver al Rancho Talbot. Pero no fue hasta después de examinar los papeles personales que había dejado su madre, que llegó a la conclusión de que era imprescindible volver a Texas, al menos por una temporada.

Y resultó que Gabe quería que se quedara y cumpliera con sus promesas matrimoniales. Ella pensó que, si las cosas iban bien entre ellos, por fin podría vivir el tipo de vida que prefería y que tanto echaba de menos.

Consideraba que, pasara lo que pasara con Gabe, ella disfrutaría viviendo de nuevo en un rancho, y, puesto que lo que más le gustaba de ese tipo de vida era tratar con los caballos, estaba ansiosa por ir al establo y escoger una montura.

Gabe dejó el periódico por fin. Se lo había ofrecido antes a Lainey, pero ella lo había rechazado, demasiado concentrada en sus

propios pensamientos como para que le importaran las noticias. Él alzó la vista y, al ver que Lainey había terminado de comer, comenzó a levantarse. Ella también lo hizo antes de que él pudiera ayudarla a retirar la silla.

—Tengo qué recogerme el pelo —dijo dirigiéndose al aseo que había en el pasillo.

Después de hacerse una coleta, se aplicó crema solar y se guardó el tubo en un bolsillo de sus pantalones vaqueros. No sabía cómo iba a transcurrir la mañana y no quería retrasar a Gabe más de lo necesario. Tomó su sombrero y se dirigió al patio, donde la esperaba Gabe para ir hacia los establos.

En lugar de empezar la jornada a caballo, montaron en la camioneta de Gabe para recorrer los tanques de los abrevaderos y los molinos más alejados. Se pararon a comprobar algunos de ellos y para ver si la fuga en uno de los tanques metálicos había quedado bien reparada. A media mañana llegaron al establo.

Lainey se sentía incómoda por el silencio que reinaba entre ellos. Gabe sólo había hablado lo estrictamente necesario, y nada de lo que había dicho era personal. Al llegar al establo, ella se estaba preguntando si debería iniciar una conversación, pero, una vez dentro, Gabe se soltó un poco.

—El caballo más tranquilo que tengo, y el que tiene el trote más suave, es esa pequeña yegua alazana que está en la cuarta cuadra —dijo mirando a Lainey—. Puedes escoger el caballo que quieras, pero te recomiendo ese hasta que te acostumbres de nuevo a montar —se detuvo ante la cuadra de su caballo negro, tomó una brida y abrió el compartimento—. Si quieres ensillarla tú misma, la silla que está junto al montón de heno te servirá.

El caballo negro salió de la cuadra y Gabe le puso la brida. Lainey fue hacia la cuadra de la yegua alazana y se quedó unos instantes contemplándola antes de ponerle la brida y sacarla.

—No me has dicho cómo se llama —dijo Lainey, deseosa de que Gabe hablara.

Él la miró brevemente.

—¿Eres de las que primero tienen que saber el nombre?

—¿Y tú no?

—Muñeca —dijo con brusquedad y Lainey tuvo la impresión de que no se sentía cómodo nombrándola. Volvió sus negros ojos hacia

ella como si adivinara la siguiente pregunta—. Como cuando se dice: «ella es una muñeca». Tiene muy buen carácter.

—¿Le pusiste tú ese nombre?

—Es el que figura en el registro. Alguien se refirió a ella así y se le quedó como nombre.

—Ah… —exclamó Lainey y, al ver un ligero brillo en los ojos de Gabe, sonrió—. ¿Fuiste tú ese «alguien»?

Él apartó la vista.

—No es apropiado preguntarle a un hombre si tiene el alma caprichosa —estaban llegando al portón del establo y el rostro de él volvía a parecer duro. Pero Lainey percibió que Gabe podía tener algo de fantasía. Podía verse en la ternura que a veces le asomaba.

—¿Y tu caballo negro? ¿Cómo se llama?

—Duke cuando actúa como un duque. Y Cabezota cuando no lo hace.

Lainey sonrió. No estaba sorprendida.

—No sería apropiado que el jefe montara un caballo con un nombre vulgar.

—A ver si recuerdas eso —dijo mirándola con sorna.

—¿Quién suele montar a Muñeca?

—Los chavales y la gente de ciudad. Uno de los hombres la hace trabajar para que se mantenga activa. ¿Por qué haces tantas preguntas?

—No has estado muy conversador esta mañana. Como pensaba que teníamos que conocernos…

—Hay muchas maneras de llegar a conocer a alguien.

Estaba evadiéndose de nuevo y ella no quería permitirlo.

—Creía que éste iba a ser un curso intensivo.

Cuando llegaron donde daba el sol, Gabe se volvió para comprobar la cincha. Recogió las riendas y montó.

—La gente puede engañarte con sus palabras. Los actos dicen la verdad.

—¿Te refieres a mí? —preguntó ella desde el suelo.

—Es sólo una observación sobre la naturaleza humana.

—No lo creo. Te refieres a mí.

Gabe se apoyó sobre el pomo de la silla y la miró.

—Ése es el otro riesgo —dijo en tono cortante—. Si se habla demasiado se acaba diciendo cosas que no se piensan.

—Cuando eso sucede, se debería hablar más, hasta que todo se aclare.

Él la miró fijamente.

—Estás ansiosa por demostrar algo. O por convencerme de algo.

Eso era cierto, pero ella no podía discernir si él lo entendía o si le parecía bien. Y desde luego el mensaje estaba claro: él desconfiaba de ella.

—Si tú hubieras hecho lo que yo hice, ¿cómo actuarías? —Gabe desvió la mirada. No pensaba contestar y eso la inquietaba—. Ha habido demasiados sentimientos heridos entre nosotros como para no hablar de ello ahora. O, simplemente, para no hablar de nada. Debemos tratar de conocernos.

Él volvió a mirarla.

—Eso es cierto, señora Patton, pero ahora necesitamos concentrarnos en vigilar una manada que hay que trasladar antes de mediodía —dijo, y señaló hacia la yegua—. Si vas a venir, será mejor que montes.

El caballo negro se adelantó. Estaba impaciente por que Gabe lo llevaba al paso para darle oportunidad a Lainey de que lo alcanzara. De nuevo él se había mostrado implacable y Lainey se sintió herida y pensó que era el contrapeso del placer que anticipaba por volver a montar a caballo. Al ver que él se alejaba, se apresuró a montar en la yegua.

* * *

El resto del día transcurrió en el mismo clima de silencio. Lainey sabía que Gabe era un hombre callado, pero a medida que la tarde progresaba, su silencio parecía, cada vez más, un castigo. En realidad, no podía culparlo.

Ella se había convertido en una mujer amargada y vengativa que había hecho cosas terribles para deshacerse de él, y no podía esperar que Gabe lo olvidara todo y que no cayera en la tentación de hacerle a ella lo mismo.

Puesto que él había estado tan silencioso, Lainey había tenido tiempo de repasar mentalmente los cinco años de silencio que le había impuesto. Estuvo recordando las veces que Gabe había

rechazado sus peticiones de hablar a través de su abogado. No había olvidado todas las cartas y los paquetes con regalos que él le había mandado en las fiestas y en sus cumpleaños, y que ella había rehusado y devuelto sin abrir.

Había tantas cosas que habría deseado poder hacer de nuevo de manera distinta o, al menos, borrarlas de la memoria de todos… Haberla hecho una o dos veces no habría sido tan malo, pero repetirlas durante cinco años, sí. Cinco años era mucho tiempo, y le dolía pensar que había sido tan odiosa durante tanto tiempo. Había vivido esos años engañada, y se estremecía al pensar que si su madre no hubiera fallecido, no se habría enterado de su error. Su confianza en su propio sentido común había recibido un duro golpe y se sentía incapaz de tomar decisiones, especialmente sobre el matrimonio y lo que Gabe esperaba de ella.

Pensó que nunca más en toda su vida se atrevería a pensar mal de nadie. Acordarse del orgullo y la ira vengativa que la había dominado la hacían sentirse culpable desde hacía semanas.

Regresaron a la casa, en la camioneta, justo antes de la hora de la cena. Durante la mañana se habían dedicado al traslado del ganado y el resto del día lo habían pasado realizando numerosas tareas del rancho, acudiendo a la mayor parte de ellas en la camioneta. Lainey sospechaba que Gabe estaba intentando evitarle horas y horas de montar porque no estaba acostumbrada. También había hecho lo posible por mantenerla fuera del sol y el calor durante muchos momentos. Aunque ella no se había quejado, Gabe se había dado cuenta de que no estaba en condiciones de resistirlo y, mientras iban en la camioneta, encendía el aire acondicionado para que ella estuviera más cómoda.

Cuando llegaron, Elisa tenía la cena servida aunque era una hora antes que la noche anterior. Apenas tuvieron tiempo de lavarse un poco, y estaba claro que Gabe había alterado el horario por ella.

Después de pasar todo el día al aire libre, Lainey tenía mucha sed y un apetito feroz. Después de beberse dos vasos de agua helada y de despachar la cena, se sintió mucho mejor. Gabe la animó a que se diera una ducha mientras él comprobaba los mensajes en el contestador del teléfono.

Lainey tomó una muda y se metió en el cuarto de baño. La ducha caliente le alivió la mayor parte de sus dolores. Se secó el

pelo con un secador, se aplicó una pomada de aloe vera en las partes de su piel que se habían quemado y las disimuló con un poco de maquillaje. Se puso una falda y una blusa limpias y salió del baño justo en el momento en que Gabe regresaba al vestíbulo.

Había decidido ir descalza el resto de la noche, pero cuando vio la expresión en el rostro de Gabe al fijarse en sus pies, se sintió tímida.

—Muy bonitos pies, señora Patton —exclamó él en un tono áspero. Era lo último que ella esperaba oír. Él alzó la vista y su mirada se entretuvo en diversas partes del cuerpo de Lainey haciendo que ella sintiera fogonazos de calor.

—Gracias —contestó en voz baja.

—Si quieres café, Elisa lo ha dispuesto en el cuarto de estar.

Lainey asintió esperando que Gabe dijera algo más, pero él se dirigió hacia el vestidor. Ella lo siguió con la mirada. Estaba un poco molesta por la parquedad de su conversación y el uso de la expresión «señora Patton». Nadie que los hubiera visto u oído ese día habría pensado que esas palabras se referían a ella.

Se sentía lastimada. Nunca había pensado en sí misma como la «señora Patton», y se sorprendía por haber cambiado de opinión y hasta desear serlo.

Gabe se refería a ella de esa forma como si para él siempre hubiera sido así. Ya había dejado bien claro que esperaba de ella todo lo que ese título representaba. Pero, la noche anterior, después de besarla, la había tratado con la misma confianza que le habría dedicado a una invitada que no le interesaba demasiado.

Aunque era bastante significativo que de nuevo hubiera dejado abierta la puerta del vestidor mientras se quitaba las botas y se desvestía, estaba frío y distante.

Había pasado de besarla la noche anterior a dejarla de pronto. Se desvestía con la puerta abierta como para demostrar que eso era lo normal y que no debía haber secretos entre ellos, pero se distanciaba y suprimía todo sentimiento como si el beso no hubiera ocurrido.

Gabe se quitó la camisa y la echó a la cesta de la ropa para lavar. Luego, comenzó a desabrocharse el cinturón. Lainey dejó de mirarlo y se fue hacia la puerta que daba al vestíbulo.

Cuando llegó al cuarto de estar se sirvió café y se sentó en el

sofá de cuero, intentando ver las cosas desde la perspectiva de Gabe.

Quizá él había tomado en serio lo que ella había dicho sobre esperar a que hubiera sentimientos verdaderos entre ellos, y estaba decidido a no empujarla a mostrar afecto. Al pensar en que él estaba siendo muy considerado, Lainey sintió ternura. Él se estaba esforzando por mantener una distancia física respetuosa hacia ella, y eso era de agradecer.

Gabe no trabajaba en oficinas llenas de gente que hablaba y escribía notas, leía papeles y manejaba ordenadores. No era que no supiera hacerlo, ya que gran parte de su éxito provenía de haberlo hecho antes. Pero le resultaba más natural trabajar con hombres callados como él y con animales que no hablaban. Por eso había aprendido a fijarse en otro tipo de señales para tomar sus decisiones.

«Los actos dicen la verdad».

* * *

Lainey estaba segura de que él no conservaría un matrimonio ni tendría hijos con una mujer que no fuera tan honorable como él. Así que todo lo que ella dijera lo contrastaría con sus actos.

Unas disculpas podían no ser sinceras y ser sólo el fruto de la buena educación, o servir más para auto justificarse que para otra cosa. La prueba de la sinceridad dependía de lo que se hiciera después. ¿Había cambiado la actitud de esa persona? ¿Había demostrado con su comportamiento que estaba decidida a no ofender de nuevo?

Lainey sorbía el café paseando la mirada por la habitación y fijándose en los objetos y libros que había en las estanterías. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no oyó los pasos de Gabe por el pasillo. Cuando él entró en la habitación, ella alzó la vista.

En cuanto posó su mirada en los ojos de Gabe, supo que él llevaba tiempo observándola y notó un brillo fugaz en sus ojos antes de que desviara la mirada y atravesara el cuarto hacia su mesa de despacho.

Capítulo 6

Gabe vestía una camisa blanca y vaqueros, y llevaba unas botas distintas. El blanco de la camisa hacía destacar el bronceado de su piel y le daba a sus ojos oscuros un brillo especial que atrajeron la mirada de Lainey.

Ella percibió que él estaba ligeramente tenso. No era enfado. Quizá era su propia energía y natural intensidad. Fuera lo que fuera lo que percibía en él, el cuerpo de Lainey comenzó a reaccionar y sintió un cosquilleo de excitación femenina.

Gabe alzó la vista de unos papeles que había sobre la mesa y fijó la mirada en la de ella.

—¿Quieres echarle un vistazo a un resumen general de los documentos de Talbot?

—Bueno. ¿Quieres café?

—Gracias.

Lainey alargó el brazo para agarrar la jarra termo y servirle una taza. Rellenó también la suya. Comenzó a incorporarse pensando que el resumen estaría en el ordenador, pero Gabe se dio cuenta.

—No hace falta que te levantes. Está impreso. —Gabe tomó unas cuantas hojas y dio la vuelta alrededor del escritorio para llegar al sofá. Se sentó junto a ella, aceptó la taza que le ofrecía y le pasó los papeles.

Lainey dio otro sorbo a su café antes de dejar la taza sobre la mesa y acomodarse en el sofá. Como el sofá era de cuero y Gabe pesaba más que ella, su cuerpo resbaló hasta situarse más cerca de él de lo que ella deseaba. Su cadera y su muslo quedaron pegados a

él. Se habría apartado, pero temía ofenderlo y se quedó como estaba, apoyándose en el respaldo, sin poder evitar que su brazo se clavara en el de Gabe.

El cuerpo de Gabe, fuerte y grande, irradiaba un intenso calor que la quemaba desde el hombro hasta el muslo, y apenas pudo concentrarse en las listas y cifras del documento. Percibió cómo la tensión que Gabe sentía se le transmitía.

Recordó las diversas estratagemas que, durante su adolescencia, utilizaban sus amigos para tocarla, aparentando que había sido un accidente. Ella no lo había hecho a propósito, pero quizá Gabe lo interpretaba así y lo aceptaba como una muestra de interés.

Pensó que si él aún deseaba ese matrimonio tenían que hacer algo pronto para zanjar la distancia que había entre ellos. Pero si había cambiado de opinión sobre permanecer casado, ella tenía que saberlo antes de dormir juntos otra noche. Se puso nerviosa pensando en cómo abordar el asunto.

Sabía que pronto él se daría cuenta de que no estaba concentrándose en los documentos y decidió mirarlo.

—¿No podría mirar estos papeles mañana, cuando tenga la mente más clara? —dijo ella, sin darse cuenta de que le temblaba la mano al devolverle los documentos y sentir la mirada escrutadora de él. Gabe agarró las hojas y las puso en la mesa del café junto a su taza vacía, sin hacer ningún comentario. Lainey no se atrevía a desviar la mirada e intentó pensar en algo que decir.

El que él hubiera cambiado de opinión explicaría su silencio y su distanciamiento. Le resultaba muy difícil pronunciar las palabras necesarias para hacerle una pregunta directa.

—Anoche dijiste que quizá me encontraría más cómoda si hiciera algunas de las cosas que suele hacer una esposa —no era un comienzo muy hábil, pero se obligó a mirarlo y a continuar—. El resultado salió bien, o me lo pareció, pero no pude evitar notar que tú no… que no diste muestras de que te pareciera… como a mí.

Lainey supo enseguida que se había atrevido a más de lo que ella podía resistir, y que había estado balbuceando como una idiota. La mirada penetrante de Gabe la había intimidado y le había hecho perder el hilo. Deseó haber permanecido callada mirando los papeles.

—¿Y? —preguntó él, y sus oscuros ojos comenzaron a

chisporrotear. Lainey pudo percibir que el cuerpo de Gabe se ponía tenso aunque aparentaba estar en calma. No daba muestras de enfado y Lainey no pudo darse cuenta de que estaba pisando terreno resbaladizo. Intentó parecer más coherente y consiguió hacer la pregunta.

—Y, puesto que lo último que te he oído decir sobre este tema es que querías que cumpliera con mis promesas, quería saber si te lo has pensado mejor, o si estás esperando… que yo… o que la situación…

—¿Cuál crees que es la respuesta?

Lo había preguntado en un tono bajo e intransigente y ella lo miró tratando de descifrar la respuesta antes de intentar adivinarla o, al menos, detectar si había sido prudente sacar el tema. Él parecía interesado en su respuesta, pero tampoco demasiado.

—Quizá es una combinación de las dos cosas. Puede que aún tengas dudas sobre si puedes confiar en mí para permanecer casados, pero que también estés esperando a que la situación mejore. En cualquier caso, estás esperando algo; es probable que esperes que yo dé señales de algo, algo que me redima de mi comportamiento pasado. O quizá estás esperando que yo haga algo.

Lainey sintió que se sonrojaba y la cara le ardía. Estaba liándolo todo y no acertaba con la respuesta adecuada. Ni siquiera estaba segura de que lo que había dicho tuviera sentido.

Gabe permanecía sentado mirándola fijamente a los ojos y buscando alguna señal en su cara. Pero no daba ninguna pista de si ella había acertado o de que, si lo había hecho, fuera a decírselo.

Era un hombre que juzgaba las situaciones más por lo que observaba que por las palabras, y sabía muy bien ocultar sus pensamientos. No daba muestras de lo que estaba pensando y ella se sentía confusa y temerosa de haberse equivocado. No podía imaginar por qué él se mantenía tan distante, a no ser que la odiara.

Pero Gabe no había zanjado el tema ni la había interrumpido. Seguía mirándola fijamente y en silencio, y Lainey tuvo que apartar la mirada. Se sentía frustrada y a punto de capitular.

Llevaba allí poco más de veinticuatro horas, pero no estaba segura de resistir más. No podía pensar en tener intimidad con Gabe, ni en tener hijos con él, a menos que algo cambiara radicalmente. Se fue impacientando.

—Tienes razón en que no es bueno hablar mucho. Se dicen cosas y muchas de ellas no son claras ni coherentes —comenzó a levantarse del sofá, pero Gabe la agarró por la muñeca para detenerla. Ella lo miró a los ojos.

Su expresión era de piedra, pero en sus ojos se detectaba cierta fiereza. Lainey se sintió desfallecer.

—Estoy esperándote a ti, Lainey —balbuceó él y el tono de su voz se hizo triste—. Estoy esperando a ver si solo viniste para disculparte de palabra. Sabes que yo puedo pedirle a los tribunales que se me compense por mis inversiones en Talbot y que probablemente ganaría. Tal vez tú pensabas que si jugabas bien y conseguías que yo confiara en ti, lograrías que yo prometiera devolvértelo todo intacto.

Lainey se quedó anonadada mirando su rostro implacable. Eso lo explicaba todo. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y no podía articular palabra. Cuando por fin lo consiguió su voz era ronca.

—Me lo merezco —concedió. Sabía que se había ganado la desconfianza de Gabe, pero deseaba defenderse. En realidad, la única defensa que tenía era el tema del Rancho Talbot—. Antes de salir de Chicago hablé con mi abogado sobre cómo compensarte por lo que has hecho por el rancho. Lo llamaré mañana y le diré que lo ponga en marcha. Es probable que tu abogado reciba pronto una llamada, así que tal vez deberías avisarlo para que esté preparado. —Lainey intentó zafar la muñeca, pero él apretó los dedos. No había terminado con ella, pero Lainey intuía lo que iba a decir. En tal caso, pensó que sería mejor decirlo primero—. ¿Prefieres que haga las maletas?

—Deja las maletas donde están —gruñó él, y ella se estremeció —. ¿De qué serviría? Recibirás la misma parte de Talbot pase lo que pase entre tú y yo —ella intentó zafarse de nuevo.

Los ojos de Gabe tenían un extraño brillo. Lainey deseaba hacerle ver que no había ninguna base para su matrimonio aparte de un papel y unas promesas que ninguno de los dos podía cumplir con sinceridad.

—Creo que los dos sabemos que seguir adelante con este matrimonio sólo serviría para impedir que encontraras a otra persona con quien ser feliz.

—No quieres mezclar a un perro callejero con el pedigrí de los Talbot.

Era un comentario irrelevante que la dejó perpleja. Lo miró a los ojos tratando de comprender y vio que lo decía en serio y que no era algo que había improvisado, sino que creía desde hacía tiempo. Nunca había pensado que el que Gabe hubiera nacido pobre lo hubiera hecho sentirse inferior. Sobre todo teniendo en cuenta el éxito que había logrado en la vida.

Recordó los rumores que había oído sobre mujeres que lo habían perseguido cuando aún era sólo un vaquero a sueldo. ¿Alguna se lo habría dado a entender o se lo habría dicho? Fuera cual fuera la causa de que él se sintiera inferior, era sorprendente que se lo hubiera confesado.

—Eso no es cierto. Nunca lo ha sido —se apresuró a decir Lainey, deseosa de que dejara de pensarlo y, para demostrar que era sincera, puso la otra mano sobre la que la sujetaba y dijo sin pensarlo:

—Yo te amaba.

Pareció como si lo que acababa de decir hubiera desencadenado una tormenta en la habitación. El brillo de los ojos de Gabe se convirtió de repente en un relámpago y Lainey se alarmó.

¿Lo había puesto furioso? ¿Creía que estaba mintiendo?

Después de tanto tiempo, era lo más probable. Años atrás ella pensaba que la única oportunidad que tenía de que él no la rechazara era mantener sus sentimientos en secreto. Revelarlos en ese momento, aunque ya no lo amara, la haría parecer como una embustera. O antes, o en ese momento. Y si Gabe la creía, el peligro estaba en que podía usar su confesión para herirla y humillarla.

—Hazlo —la orden que él daba no era lo que ella esperaba.

—¿Que haga qué?

—Llama a tu abogado mañana. Temprano.

Sorprendida por la brusca orden, Lainey asintió. ¿Estaba ignorando que ella había dicho que lo había amado? ¿Significaba que él creía que ella estaba mintiendo, que aceptaba su oferta de compensarlo y que le ordenaría que se fuera?

Retiró la mano que tenía sobre la de él e intentó soltarse, pero Gabe tiró de ella para acercarla. Lainey intuyó lo que seguiría. Lo podía ver en sus ojos, aunque no entendía el porqué. Sintió que él la

rodeaba fuertemente con un brazo mientras le empujaba la cabeza para que sus suaves labios se juntaran a los suyos.

Ése no era el beso dulce y sensual de la noche anterior, sino un beso devorador y carnal. Gabe actuaba como un conquistador implacable que tomaba el botín de guerra sin ninguna consideración por el enemigo vencido. Pero no había brutalidad en su beso, sólo una crudeza sexual que le conmocionó el cerebro y lee quitó las fuerzas, de modo que pudo hacer poco más que aferrarse a él y entregarse.

El beso de la noche anterior no le había anulado la voluntad como ése. De pronto, se encontró no sólo aferrándose a Gabe, sino sentada sobre sus rodillas, metiéndole los dedos entre el pelo y agarrándolo para que no se apartara. Él conseguía con maestría que dominara en ella el instinto femenino y que, insaciable, le devolviera beso por beso, apretándose contra él.

Estaba enardecida por un fuego salvaje, y demasiado mareada para saber si los pequeños sonidos desesperados que oía eran suyos o era que su cuerpo gritaba que la tomara, que era suya.

Gabe separó su boca de repente y gruñó:

—¿Quién diablos es? —Lainey se sobresaltó y se separó un poco, pero los fuertes brazos de él la retuvieron, y pudo darse cuenta de que hablaba con alguien que estaba a la puerta, probablemente Elisa.

La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta y ella pudo oír la voz de Elisa por el pasillo.

—La señorita McClain quiere verlo.

—Dígale que enseguida salgo —contestó él, y Lainey apoyó la cabeza sobre su hombro. Todavía estaba sin aliento después de aquel beso tan devastador, y tenía la piel erizada. Todos los puntos femeninos de su cuerpo estaban aún calientes y, por primera vez en su vida, sintió las punzadas del deseo frustrado—. Si no te levantas, nunca conseguiré enfriarme lo suficiente como para recibir a la visita —gruñó, lanzando su aliento caliente entre los cabellos de Lainey.

El tono de su voz era áspera, pero sus manos seguían acariciándola incansables. Lainey alzó la cabeza sin atreverse a mirarlo a los ojos e intentó arreglarse un poco. Sintió un poco de aire y se dio cuenta de que llevaba la blusa desabrochada y fuera de

la falda. Se llevó una mano a la cabeza y pudo constatar que sus cabellos estaban muy despeinados por obra de las caricias de Gabe.

Consiguió bajar de sus rodillas, pero las piernas le flaqueaban. Gabe se puso en pie y la agarró de la mano, conduciéndola hacia el ventana que había detrás de su escritorio. Lainey se cerró la blusa y salió delante de Gabe al patio que daba al dormitorio principal.

—Será mejor que te arregles un poco antes de salir.

Lainey lo miró de reojo mientras iba hacia la cómoda y se pasaba un cepillo por el pelo, se alisaba las arrugas de la camisa y la metía bajo el cinturón de los pantalones vaqueros, antes de salir de la habitación. En todo el proceso, él no se dignó a mirarla ni una sola vez.

Todavía temblorosa, pero empezando a reaccionar, Lainey volvió a alisarse la ropa, se peinó y se lavó la cara con agua fría. Una última mirada en el gran espejo del baño le indicó que todavía estaba sonrojada y azorada, y que sus labios, ligeramente hinchados, delataban que la habían estado besando.

Encontró sus sandalias y salió al vestíbulo.

«Señorita McClain», había dicho Elisa. Cassidy McClain, Cassie. La última persona que Lainey deseaba ver después de aquel beso. Cassie había sido su rival en el instituto y competía con ella en todo, en las faenas del rancho, las notas, los deportes y los chicos.

Lainey había sido bastante popular en el instituto, pero no tanto como la rubia de ojos azules, Cassie McClain. Nadie lo había sido. Y si Cassie era decidida y extrovertida, Lainey era más callada y reservada. Siempre intentaba comportarse como una dama, siendo amable cuando era derrotada, y modesta en las pocas victorias que había conseguido sobre la competitiva Cassie.

Al menos, la inquietud que le causaba encontrarse con Cassie, cuando ella y todo el mundo en la zona sabía lo que le había hecho a Gabe, serviría para distraerla de su preocupación por otros temas que se le acababan de ocurrir: el arma que acababa de entregarle a Gabe.

Y su participación voluntaria en los planes secretos que él tuviera en mente para humillarla.

* * *

En el instituto, muchas chicas tenían alguna rival. Por lo general se trataba de alguien popular, bonita e inteligente. Una rival que tenía la habilidad social de hacerlas sentir inadecuadas y horribles y que no vacilaba en utilizarla.

Cuando Lainey consiguió suficiente valor para enfrentarse de nuevo a Cassie, puso una sonrisa tranquila sobre su rostro y entró en el salón en el momento en que Cassie se sentaba en el sofá. Llegó justo a tiempo para ver cómo Gabe le daba un vaso de té helado. Parpadeando, Cassie clavó sus grandes ojos azules en Gabe y sonrió con mucha dulzura.

Pero Lainey no estaba fijándose en la cara de Cassie sino en la de Gabe. Él sonreía de una manera que lo hacía parecer devastadoramente atractivo y asequible. Lainey se sintió lastimada al ver que le sonreía a Cassie sin ningún esfuerzo. Después de aquel beso, ella no habría podido ni mirar a otro hombre y, mucho menos, sonreírle como Gabe estaba sonriendo.

Lainey estaba segura de que ninguno de los dos se había dado cuenta de su llegada hasta que Gabe dijo:

—Aquí viene Lainey —y se dirigió hacia el sillón que había junto al extremo del sofá en que Cassie estaba sentada.

Cassie miró en dirección a Lainey y sonrió, pero con un ligero gesto irónico que Gabe no podía ver desde su ángulo. Al percibirlo, Lainey se puso tensa.

—Cuánto tiempo sin verte, Lainey. ¿Es una visita corta, o has venido para quedarte?

Una de las cosas de Cassie que más incordiaba a Lainey era su habilidad para hacer diana en sus puntos más sensibles, y sacar los temas sin ningún recato.

Puesto que no sabía la respuesta a su pregunta, decidió contestar a la provocación con otra pregunta. Era un juego para dos, y Lainey puso su sonrisa más convincente mientras se sentaba en otro sillón. Gabe esperó a sentarse hasta que ella lo hizo.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo, Cass —dijo Lainey, y poniendo falso entusiasmo en su tono, añadió—: ¿Cómo estás?

Percibió la sorpresa en los ojos de Cassie e intentó hacer caso omiso al tamborileo de los dedos de Gabe sobre el brazo del sillón. Como no se atrevía a mirarlo, no pudo saber si era una reacción a su respuesta a Cassie, pero supuso que sí.

La expresión de sorpresa en los ojos de Cassie cambió a una de disgusto y saludó despreciativamente con la mano.

—Estaba dando un paseo en coche, y pensé en pasar a recordarle a Gabe la barbacoa que va a hacer mi padre el sábado por la noche, y a intentar convencerlo de que vaya. Parece que hace siglos que Gabe no ha salido a hacer vida social.

Lainey sonrió, pero se dio cuenta de que la descortesía podía ir en aumento. En el instituto solía hacer caso omiso de las increpaciones de Cassie y no contestarle, pero en ese momento estaba demasiado sensible por lo que le había hecho a Gabe para dejarlas pasar.

—¿Te ha dado una respuesta ya?

Al formular la pregunta, Lainey vio de reojo la mirada sombría que Gabe le estaba echando, pero siguió mirando a Cassie.

—No he tenido tiempo de preguntárselo aún —repuso Cassie y, tras una pausa, añadió—: Naturalmente, papá consideraría muy descortés que lo mencionara delante de ti y te dejara fuera, así que tú también estás invitada.

Estaba claro que Cassie se había rebajado a invitarla, como haciéndole un favor. Si Lainey no hubiera sabido cómo era Cassie, se habría quedado estupefacta, pero lo que la sorprendía era que se comportara así delante de Gabe.

Era posible que Cassie tuviera puestos los ojos en Gabe. Cuando estaban en la escuela, una de las tácticas que usaba cuando había fichado algún chico como posible novio era sacar a relucir sutilmente las faltas o deficiencias de la chica con la que él estaba saliendo.

Avergonzar a alguien en público era un arma útil y, puesto que Lainey se sentía muy vulnerable, aparecer en cualquier sitio donde Cassie estuviera presente sería someterse a una tortura.

Se le había ocurrido una buena respuesta, pero se dio cuenta de lo que iba a hacer. Le resultó difícil guardársela, pero no tuvo más remedio. No sólo porque Gabe estaba escuchando atentamente, sino porque se lo había prometido a sí misma. Sonrió tan cortésmente como pudo.

—Oh, gracias, Cassie —logró decir, pensando en lo difícil que era aguantar y callar. Como lo había logrado, añadió con más entusiasmo—: Tu padre siempre ha hecho unas barbacoas

estupendas. ¿Todavía usa su receta especial?

La receta especial de Mac McClain era algo notable, y mencionarla era todo un cumplido. Y ese cumplido era una señal para Gabe de que ya había dejado de intercambiar pullas con Cassie. Lainey no quería ser tan atrevida y cáustica como ella, sobre todo delante de Gabe, porque podría ser que a él no le gustara que tratara de esa manera a una de sus huéspedes. Además, la extraña era ella y no Cassie.

—Sí, claro que sí. Ha pasado tanto tiempo que no pensaba que te acordarías de la receta especial de papá.

Estaba claro que Cassie no se iba a dar por vencida, así que Lainey mantuvo su sonrisa cordial e intentó ser agradable.

—¿Cómo está tu padre?

Cassie movió la mano con frivolidad.

—Es cinco años más viejo que cuando lo viste por última vez, pero nunca lo adivinarías. Sigue siendo muy atractivo. Todavía le queda suficiente savia para coquetear con las mujeres y montar más deprisa que los otros hombres.

Se hizo un silencio, y Lainey se dio cuenta de que era debido a la tensión que sentía Gabe. Lo percibió como una advertencia para ella. Era obvio que él esperaba que ella respondiera a la provocación, y que se oponía a que lo hiciera.

Pero en lugar de responder, Lainey se quedó mirando a Cassie mientras buscaba algo suave que decir. Cassie no le apartaba los ojos de encima, como desafiándola a replicar.

Lainey repasó rápidamente toda la conversación. Aunque estaba nerviosa, le pareció divertida en contraste con el terrible silencio y, de repente, como una burbuja que surgiera de un líquido y explotara, fue incapaz de contenerse.

Capítulo 7

La burbuja fue más bien una risita nerviosa que surgió y explotó sin que Lainey la pudiera controlar. Al repasar la conversación, la pulla sobre los cinco años parecía una chiquillada ridícula. Si no hubiera sido por la situación que ella misma había creado con Gabe, la rivalidad con Cassie le habría hecho buscar otros blancos donde apuntar.

Lainey disimuló la risa diciendo con una sonrisa:

—Oh, Cassie… No has cambiado nada. A este paso vas a seguir siendo guapísima y joven cuando las demás estemos arrugadas y canosas. Sin duda, te pareces mucho a tu padre.

Mientras hablaba, Lainey pensó que era una de las pocas cosas en que Cassie se parecía a su padre. Mac McClain era un vaquero galante a la manera de los chicos buenos de Texas, sinceros, amantes de la diversión e indulgentes con las mujeres. Mac adoraba a su hija mimada y no veía ninguno de sus defectos. En eso se parecía mucho a su propio padre. Aunque Lainey no se llevaba bien con Cassie, su padre siempre le había caído muy bien y él siempre la había acogido bien en su casa.

La expresión confusa reflejada en la bonita cara de Cassie mostraba que no sabía muy bien cómo interpretar lo que Lainey había dicho, y que seguramente sospechaba que su «no has cambiado nada» era algún tipo de aguijonazo. Pero también era obvio que el cumplido y el predecir que no envejecería contrarrestaban cualquier ofensa que hubiera oculta.

La sonrisa que Cassie le dedicó a Lainey parecía genuina.

—¿Sabes, Lainey?, algún día podríamos ir de compras a San Antonio. Cuando estés libre, dímelo.

La sugerencia sorprendió a Lainey por completo. ¿Se había perdido algo? Sin embargo no podía percibir nada en el rostro de Cassie que delatara que tenía algún propósito oculto, o que lo decía sólo porque Gabe estaba delante. Si era como si le tendiera una rama de olivo en señal de paz, pensó que probablemente debería aceptar.

—Podríamos pasarlo bien, Cass. Gracias por la invitación.

Cassie pareció complacida y Lainey se sintió mucho mejor.

Se había jurado a sí misma que nunca diría o haría y ni siquiera pensaría nada malo en contra de nadie, pero su primer impulso al ver a Cassie había sido hacerlo. Había hecho un esfuerzo tardío por anularlo y el resultado había sido mucho más satisfactorio que si hubiera continuado con las frases irónicas.

Aunque Cassie le lanzara más increpaciones, quizá la mejor manera de tratar con ella era ser amable y desarmarla con algún cumplido sincero. Cuanto menos, no habría una guerra verbal ni el posterior sentido de culpabilidad.

Aunque Gabe había permanecido callado desde que se sentó, Lainey había percibido su desaprobación. Al sentir su mirada cortante, no se había atrevido a mirarlo. La crisis había pasado y él estaba menos tenso, pero aun así ella no lo miró para confirmarlo.

Cassie dejó a un lado su vaso de té, como si fuera a marcharse.

—Bueno… Debería irme a casa. Papá quería que repasara la lista de Tia antes de que ella vaya mañana a la ciudad a comprar el resto de la comida.

Cassie se puso en pie y Gabe también. Luego, se levantó Lainey y se sorprendió de nuevo al oír que las palabras que Cassie le dirigía a Gabe la incluían a ella también.

—Espero que podáis venir el sábado. Podríais venir pronto a charlar con el club de los embusteros, mientras papá cuida la carne y… —Cassie hizo un gesto de complicidad—, así Lainey y yo podemos ponernos al día en cotilleos. Si no, la cena será a las seis.

Gabe dijo solemnemente:

—No faltaremos.

Lainey y Gabe la acompañaron a la salida como cualquier pareja casada despidiendo a una invitada. Ambos permanecieron en la

puerta hasta que ella entró en su coche y arrancó.

Lainey dio media vuelta y Gabe cerró la puerta. No le había dirigido la palabra desde que habían salido de la habitación media hora antes, y acababa de aceptar la invitación a la barbacoa sin consultarle.

Lainey lamentaba que él hubiera aceptado. Mac solía invitar a todo el mundo y por lo tanto habría mucha concurrencia. Dudaba ser capaz de enfrentarse a tanta gente y lo temía cada vez más. Con toda seguridad correría la voz de que ella iba a asistir y acudirían todos los chismosos de Texas.

La voz severa de Gabe interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de actitud?

Lainey sabía a lo que él se refería. Había comenzado intercambiando pullas con Cassie y luego había manejado la situación de forma que tuviera un inesperado final pacífico. Pero cuando miró a Gabe, éste todavía tenía un gesto de desaprobación.

—De repente me pareció ridículo.

—¿Entonces ése es el final?

Lainey se percató de que Gabe no la creía. Como si ella fuera la causa del conato de conflicto que había habido entre ella y Cassie. Pero ¿cómo podía saber que no lo era?, pensó. ¿Y por qué iba a creerla si se lo intentaba aclarar? Después de su propia experiencia con ella, ¿qué otra cosa podía pensar?

Lo único que podía decir para tranquilizarlo era la verdad.

—Sí. Por lo que a mí respecta, es el final. Si tú todavía esperas que viva aquí como tu esposa, dudo mucho que quieras que me dedique a intercambiar ofensas con alguien.

—Sí lo espero, y tienes razón —dijo en un tono de voz solemne y recalcando ambas partes de su respuesta.

Tenía la misma expresión dura con que había pronunciado esas palabras. Lainey entendió que él no pensara permitir que ella volviera a poner en duda si debían o no permanecer casados, ni que sugiriera una vez más que sería difícil que tuvieran un matrimonio normal.

Gabe mostraba una voluntad de acero y Lainey se sintió abrumada. Se daba cuenta, de nuevo, de que no importaba que nunca llegaran a amarse. Él estaba resuelto a que ambos cumplieran con los compromisos adquiridos mediante el matrimonio. Y ella en

particular.

—Estoy cansada —dijo Lainey en tono tranquilo. Estaba agotada tanto por el ajetreo del día como por los esfuerzos baldíos por convencer a Gabe de su sinceridad—. Me gustaría acostarme pronto, si no te importa.

En cuanto calló, Lainey empezó a preocuparse de que él creyera que era una invitación. Puesto que el beso de esa noche la había trastornado tanto, era posible que él pensara que no había motivo para prolongar la abstinencia sexual que había mencionado la noche anterior.

—Tengo trabajo con los libros —contestó Gabe, y Lainey se tranquilizó.

Volvían a estar en silencio. Caminaron juntos por el pasillo y se separaron al llegar al cuarto de estar. Lainey percibía que él seguía desconfiando de ella.

No se había resuelto nada con aquel beso ni con su promesa de llamar al día siguiente al abogado. Y nada se había resuelto con haber decidido llevarse bien con Cassie.

Si Gabe verdaderamente quería que no mencionara más el tema del divorcio, no le quedaba más remedio que resignarse fuera cual fuera el futuro que la esperaba con él. Seguro que no podía ser peor que el sentimiento de culpa y la angustia que ella había sufrido los últimos meses.

Al menos tendría la oportunidad de hacer lo que había ido a hacer. Tal vez podría resarcir a Gabe por todo lo que le había hecho, y puesto que el matrimonio parecía ser lo que él deseaba como compensación, permanecer casada podría ser la forma de que él olvidara todos los agravios que le había hecho.

Se las arreglaría para ser la mejor esposa posible. Y si Gabe no llegaba a amarla nunca como si se hubieran casado por amor, ella se sentiría satisfecha con los buenos sentimientos que lograran crecer entre ellos.

* * *

Esa noche, cuando Gabe fue a la cama, no parecía que su actitud hubiera mejorado, aunque se acostó junto a ella, apagó la luz y le

dio las buenas noches.

Lainey permanecía despierta escuchándolo respirar y sintiendo, aunque no se rozaban, que se derretía en el calor que emanaba de aquel cuerpo grande y fuerte. La piel se le erizaba con el recuerdo de aquel beso, y no podía dejar de pensar en lo que sucedería si él la besara en ese momento.

Después de un rato, Lainey comenzó a relajarse y a pensar en su decisión de cumplir con las promesas que le había hecho a Gabe. Recordó que su padre había rectificado su testamento para protegerla y asegurarse de que no le faltaría nada. Y había elegido a Gabe Patton para encomendarle esa tarea.

Su padre había sido su héroe, el hombre que la había guiado sin titubeos, el hombre que había sido un buen consejero, predicándole con el ejemplo de lo que era el honor y la buena reputación. Él había puesto muchas esperanzas en ella, y ella se había esforzado por hacerlas realidad sin pensar jamás que podría llegar un momento en que dudara de él y escogiera un camino más en consonancia con el nefasto ejemplo de su madre que con el diáfano rumbo que él le había marcado.

Había llegado el momento de confiar en la sensatez de la elección que él había hecho para ella. Aunque el momento de hacer honor a esa elección estaba más que sobrepasado, ella pensaba intentarlo aunque se encontrara con muchas dificultades. Incluso si el matrimonio con Gabe fracasaba, la culpa no sería ni de su padre ni de Gabe. La culpa sería sólo suya.

Lainey intentó encontrar la manera de acortar la distancia entre Gabe y ella. Consideró alargar la mano para tocar la de Gabe, pero lo último que deseaba era insinuar que estaba lista para el lado físico del matrimonio. Poco a poco dejó de preocuparse y se quedó dormida.

* * *

Como siempre, una cosa era decidir hacer algo y encontrar el valor para hacerlo y otra, determinar la manera de llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente, Gabe se despertó antes que ella, pero, en lugar de sentarse en el lado de la cama mientras ella bebía el café

que él le había llevado, se lo había dejado sobre la mesita de noche y sólo la tocó en el hombro para despertarla. Y se había quedado merodeando hasta estar seguro de que ella estaba lo bastante despierta para ver la taza.

—Gracias —exclamó Lainey con voz carrasposa mientras se incorporaba. Él había llegado ya a la puerta—. Debería ser yo quien te trajera el desayuno a la cama por las mañanas.

—No importa —fue todo lo que él le contestó en tono huraño antes de cerrar la puerta.

Lainey dio un sorbo de su café y se levantó, agarró su ropa, se arregló un poco el cabello, se aplicó un poco de maquillaje y se apresuró a ir a desayunar.

Gabe tenía el periódico abierto y, aunque se levantó cortésmente para ayudarla a sentarse, sólo le dedicó una breve mirada y un leve gesto. Lainey estuvo considerando darle un beso de esposa en la mejilla, pero la acogida de Gabe no la alentó a hacerlo. Él volvió a abrir el periódico y ella sintió que la distancia entre ellos se acrecentaba.

Al ver el periódico abierto, Lainey recordó los años en que sus padres estaban juntos. Las pocas mañanas en que su madre se había levantado a tiempo para desayunar con su marido e hija, nunca había dejado de leer el periódico durante la mayor parte del desayuno. Ni Lainey ni su padre habían conseguido nunca sacarle más de un par de comentarios sueltos.

«Hay que marcar el rumbo desde el principio», había dicho él. Quizá ésa no era una mala idea. Elisa estaba a punto de llevarles el desayuno y Lainey se atrevió a hablar.

—¿Tiene una sección de humor?

Él la miró de reojo.

—La mayoría la tiene —la voz de él era como un gruñido, pero casi seguro se debía a que no había hablado mucho aún.

—¿Tiene la tira «Cathy»?

—Cathy —el tono no era de pregunta, pero hojeó el periódico para buscar la página de humor.

—Este periódico no la tiene.

Lainey consideró pedirle que le leyera otra de las tiras, para conseguir que le hablara, pero descartó la idea.

—Gracias por mirarlo —dijo, y comenzó a juguetear con la

servilleta.

Elisa llevó la comida y Gabe emitió un sonido y siguió leyendo mientras el ama de llaves la servía. Antes de que se fuera, Lainey le dio las gracias y desdobló la servilleta.

Antes de empezar a comer miró a Gabe, que seguía absorto en la lectura del periódico. Respiró hondo y se atrevió a decir:

—Dentro de cinco minutos el periódico tendrá la misma temperatura, Gabe, pero el filete y y los huevos, no.

Gabe levantó la vista para mirarla, pero Lainey bajó los ojos hacia el plato. Él dobló el periódico, lo apartó y luego agarró la servilleta.

—Gracias, Lainey.

Las dos palabras eran poco más que un gruñido, y Lainey no se atrevió a mirarlo. Minutos después lo miró de reojo y pudo observar que no mostraba irritación, así que intentó entablar conversación de nuevo.

—¿Ya has decidido cuáles son nuestros planes para hoy?

—Siempre —contestó mirándola a los ojos—. Montaremos mientras haga fresco, luego volveremos para que hagas tu llamada y por último iremos al Rancho Talbot. Si necesitas algo nuevo para ponerte el sábado, podemos ir a San Antonio. Si no vamos de compras, volveremos a casa y trabajaremos un poco.

Lainey estaba complacida porque había logrado más conversación que en ninguna otra comida y decidió intentarlo de nuevo. Pinchó una raja de melón y se la sirvió en el plato.

—No me traje mucha ropa, así que probablemente será mejor que busque algo para el sábado. Me vendría bien tener más ropa de trabajo, a menos que aún tenga alguna vieja en Talbot.

—¿Estás tomando la píldora?

Lainey lo miró sorprendida y se sonrojó. La cara le ardía y tardó unos instantes en recuperar la compostura. Quería que él hablara, pero no se esperaba eso.

—No…

—Bien.

Gabe volvió a concentrarse en su comida mientras Lainey intentaba recuperarse de la pregunta. «¡No estará esperando concebir un hijo enseguida!», pensó. La relación entre ellos era aún muy precaria. No queriendo ofenderlo, después de su comentario de

la noche pasada respecto a mezclar un perro callejero con uno con el pedigrí Talbot, comenzó a decir precavidamente:

—Los embarazos a menudo incluyen mareos por las mañanas, descontrol emocional… —Lainey se interrumpió al ver la mirada de Gabe y terminó con suavidad—. Y puede haber problemas de salud especiales. Montar a caballo… y otras cosas —dijo y se atrevió a añadir—. Puede que sea una buena idea esperar hasta que nuestra relación sea más estable antes de pasar a esa etapa. Por eso estaba pensando empezar con la píldora enseguida.

Lainey contuvo el aliento. Estaba segura de que Gabe lo entendería.

—Llama a Blake esta mañana.

La orden de llamar a uno de los médicos más conocidos del lugar era tajante, pero Gabe no mostraba signos de resentimiento por su decisión de tomar la píldora, ni parecía ofendido.

—¿Entonces, no te opones?

Él arqueó las cejas y suavizó el gesto. Estaba claro que había quedado horrorizado.

—No después de una lista como ésa.

Lainey se tranquilizó y le sonrió con dulzura.

—Gracias.

—¿Por qué darme las gracias?

—Has sido muy considerado, y te lo agradezco. Todavía no he sido muy buena como esposa y no estoy preparada para asumir más cosas hasta que logre algo de éxito en eso.

Los ojos de Gabe se iluminaron levemente, lo cual podía significar cualquier cosa. Sin embargo, Lainey seguía azorada, y se dio cuenta de que Gabe estaba satisfecho, por lo que había dicho y porque le acababa de dar una clara señal de su intención de quedarse y cumplir sus promesas.

—Llama a Blake antes de llamar a Chicago.

Su voz era suave y con un cierto matiz de sensualidad. La manera de decirlo ponía de manifiesto que estaba deseando la parte sexual del matrimonio, y ella no pudo evitar sentirse nerviosa.

—Debo decirte que la píldora no resulta segura si no se ha tomado durante un mes.

—Sí, lo había oído. Compraré algo para el intervalo cuando vayamos a San Antonio —estaba claro que él no pensaba esperar

treinta días. El calor que Lainey sentía en la cara la invadió por todo el cuerpo—. Pero ahora, señora Patton, termínate el desayuno mientras aún está caliente —gruñó—, y démosle a esta conversación un poco de tiempo para que se enfríe.

Era como una réplica de lo que ella le había dicho antes sobre el filete y los huevos y Lainey sonrió concentrándose en su plato. No le importaba lo más mínimo que el resto de la comida transcurriera en completo silencio.

* * *

Fueron a montar y regresaron a la casa a la hora en que el abogado ya habría llegado a su despacho. Lainey hizo la llamada y luego telefoneó para ver si el doctor Blake tenía alguna hora libre pronto. Resultó que alguien acababa de cancelar una cita para el día siguiente y se la dieron a ella.

Cuando fueron al Rancho Talbot, Lainey pasó mucho rato paseando por la enorme casa que tantos recuerdos le traía. La mayor parte de los muebles en la silenciosa casa estaba cubierta con sábanas y daba un aspecto muy lóbrego. Pensó que si Gabe y ella permanecían casados, a ella no le gustaría nunca volvería a vivir allí, aunque tampoco le parecía bien que la magnífica casa permaneciera desocupada.

La mayor parte del tiempo lo emplearon en el viaje a San Antonio. En parte, porque se tardaban unas cuatro horas en ir y volver, y en parte, porque Gabe insistió en que se probara más vestidos y conjuntos de los que ella había pensado. Parecía genuinamente encantado de verla hacer el pase de modelos y, antes de que se diera cuenta, le compró varias cosas que le habían gustado a él, además de las que ella había escogido.

Tuvieron una discusión en voz baja cuando Lainey insistió en pagar sus compras, pero Gabe se mostró inflexible. Además, había conquistado a las dependientas para que no aceptaran los cheques ni las tarjetas de crédito de Lainey y aceptaran las suyas.

El resultado fue que Gabe tuvo que hacer más de un viaje al coche para guardar los paquetes en el maletero. En uno de ellos, Lainey aprovechó para entrar en una joyería cercana y mirar una

selección de joyas masculinas para comprarle un regalo.

Sabía que, aunque a Gabe no lo entusiasmaban las joyas, los colgantes sí le gustaban y escogió uno con una hermosa turquesa. Después de pagar, metió la cajita en su bolso y fue hacia una tienda más abajo, donde vendían ropa de trabajo para comprarse pantalones vaqueros y camisetas de algodón. Consiguió comprarse unas cuantas cosas antes de que Gabe la encontrara e insistiera en pagar con su tarjeta de crédito.

—Un poco más allá hay una de esas tiendas de señoras —le dijo. Lainey adivinó de inmediato que se refería a una tienda de lencería y tuvo la impresión de que ése iba a ser para Gabe el momento más importante del día.

Él le había dicho que le compraría algo con encajes y cintas cuando fueran a San Antonio, y estaba claro que no se le había olvidado. Aunque Lainey sentía cierto temor acerca del tipo de camisón que, sin duda, él estaba pensando, había estado tan agradable con ella todo el día que no quería hacer nada que enturbiara la camaradería que estaba surgiendo entre ellos.

Lainey se sorprendió de lo despreocupado que Gabe estuvo al entrar con ella en la tienda de lencería. Estar en un sitio tan femenino como ése parecía hacerle el mismo efecto que entrar en un prado lleno de ganado. Y el contraste de su masculinidad campechana y su aspecto rudo con un entorno de encajes sensuales y ropa interior de satén, hacía que todo pareciera mucho más delicado y femenino.

Las pocas mujeres que estaban en la tienda le sonrieron y se sonrojaron cuando él las saludó con un gesto respetuoso. Parecía como una variante del elefante en la cacharrería, sólo que no había roto nada y el elefante parecía domesticado.

En las otras tiendas, Gabe había descolgado algún vestido o conjunto para mostrárselo a Lainey, pero en ésa, mantenía las manos en los bolsillos y ella tuvo que adivinar lo que le gustaba por la expresión y el interés que ponía en algunas cosas.

Lainey se sintió aliviada al ver que había pocas prendas transparentes y reveladoras. Aunque Gabe parecía preferir las más osadas, no puso pegas a las que ella escogió para llevar al probador junto con las que le gustaban a él.

Cuando acabó de probarse, Lainey salió vestida y con lo que

había escogido colgando de un brazo.

—¿Todo te quedaba bien? —Lainey asintió y una empleada tomó el camisón blanco y la bata a juego, mientras otra devolvía lo que no quería a los percheros—. Añada esa prenda azul —dijo Gabe a la dependienta—. Y la rosa. No, la otra —aclaró indicando con el dedo—. Envuélvalas con el resto.

Ambas empleadas le sonreían mientras envolvían las prendas que él había indicado. Lainey se sentía algo incómoda, pero no quería poner en aprietos a Gabe y aprovechó cuando las empleadas se dieron la vuelta para decirle en voz baja:

—Oh, Gabe. Eres muy generoso, pero no necesito tantas cosas.

—Yo sí —la protesta de Lainey no le había disminuido el placer que obviamente sentía. Aunque su expresión era seria, sus negros ojos chisporroteaban con expectación masculina—. Todo el día trabajo con animales rudos y polvorientos, señora Patton. Será muy agradable admirar a mi esposa vistiendo algo sedoso y fino.

Lainey no pudo evitar sonrojarse y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiera oído a Gabe. Recordó que durante todo el día había habido muy poca distancia entre ellos y lo bien que ella se había sentido por esa razón. Si esa escapada de compras había logrado que estuvieran más cómodos juntos, tenía que aceptar el que Gabe hubiera comprado todas esas prendas tan *sexys*. Trataría de no pensar en lo pronto que él esperaba que empezara a lucirlas.

—Gracias —dijo ella—. No era necesario que me compraras nada hoy, pero has estado encantador.

—Encantador…

Gabe pronunció la palabra como si fuera algo sospechoso y Lainey no pudo reprimir una risita al ver su expresión. Como si la palabra «encantador» fuera una ofensa para su hombría.

—Sí —repuso ella, disfrutando de la situación—. Encantador.

—Encantador —repitió él, refunfuñando—. No creo que yo aplicara nunca esa palabra a ningún hombre.

Pero Lainey percibió, por el brillo de los ojos de Gabe, que no sólo le había hecho gracia, sino que lo había sorprendido gratamente. Lainey se dio cuenta de que, tras su aspecto rudo. Gabe escondía grandes cualidades.

Fue entonces cuando Lainey se percató de que nunca había

dejado de amar a Gabe Patton. De pronto, todos los sentimientos que albergaba hacia él desde hacía tanto tiempo se le agolparon en el corazón como una ola cuando rompía sobre la playa. Pero había una diferencia con lo que sentía, años atrás, cuando era adolescente. Sus sentimientos habían madurado.

Lainey, ensimismada, caminó junto a él hasta el mostrador y observó que la empleada ponía dos cajas, que ella no había visto antes, dentro de la bolsa de las otras prendas.

Mientras miraba a Gabe, sentía una emoción sobrecogedora pensando en lo mucho que él había disfrutado viéndola probarse los distintos modelos y en lo satisfecho y orgulloso que parecía al gastarse una pequeña fortuna con ella.

Era como si él tuviera un pozo lleno de generosidad en su corazón, y que no hubiera podido abrirlo, primero por la pobreza y luego por falta de oportunidades. Y de repente, ese pozo estaba abierto. Había esperado años para hacer algo tan común y normal para un marido como ir de compras con su mujer y, por fin, tenía el dinero y a alguien suyo en quien gastarlo con generosidad.

Lainey no dejaba de pensar en todos los paquetes que, durante cinco años, le había enviado por correo coincidiendo con sus cumpleaños, su aniversario o las Navidades y que, obviamente, eran regalos. Imaginaba el placer que sentiría al escogerlos y las esperanzas que había puesto en ellos al llevarlos al correo. Y también, el dolor y la afrenta que habría experimentado al ver que cada uno de ellos se lo había devuelto.

Mientras estaban en esa tienda, Lainey sintió el peor de los remordimientos y estuvo a punto de romper a llorar. Consiguió dominarse y recobrar la compostura mientras Gabe terminaba de pagar, pero, en el fondo de su corazón, sentía una inmensa amargura.

Ese día, esos últimos minutos en que Gabe le había mostrado un poco más de su buen humor eran como gotas de miel cayendo en un vaso lleno de enojos y de penas. Lainey se despreciaba y se odiaba por todos esos años y sentía una gran congoja en su corazón.

«¿Sería posible destilar alguna más de esas gotas de miel?», se preguntaba «¿Sería posible borrar toda esa amargura o, al menos, endulzar el dolor que su egoísmo y su crueldad habían causado?».

Cuando Gabe agarró la bolsa con las compras y salieron de la

tienda, Lainey rodeó con su brazo la delgada cintura de Gabe, en un esfuerzo desesperado de compensarlo de alguna manera. Él la correspondió rodeándola y estrechándola contra su costado, y ella, al notar que su gesto lo había complacido, sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

Cuando llegaron al coche de Gabe, pusieron las bolsas en el maletero y Gabe la acompañó hasta el lado del pasajero. Luego, se sentó en su asiento para arrancar el motor. Como si hubiera percibido la melancolía de Lainey, la tomó de la mano y condujo en silencio, y sin soltarla, hasta que llegaron al Rancho Patton.

Capítulo 8

Lainey consiguió resistir hasta llegar a casa y meterse en la ducha, antes de dar rienda suelta a su llanto. Cuando salió, completamente recuperada y vestida con pantalones vaqueros y una camiseta, fue a reunirse con Gabe en el cuarto de estar. Él también se había duchado y llevaba pantalones negros, botas negras de vestir y una camisa blanca impecable con las mangas dobladas que permitía ver sus antebrazos, bronceados y musculosos.

Al darse cuenta de que él se había vestido de estilo más formal, Lainey pensó que quizá le gustaría que ella se pusiera uno de los vestidos que le había comprado, así que regresó al dormitorio a ponerse uno azul a rayas.

La cena estaba servida en el patio trasero, justo a la salida del dormitorio principal. Elisa había puesto la mesa redonda, con un bonito mantel y una vajilla de porcelana buena, bajo la sombra de un árbol cercano. El candelabro del centro de la mesa no estaba encendido aún, y Gabe prendió una cerilla para remediarlo. Todo parecía muy estudiado y Lainey sospechó que había sido idea de Gabe y no de Elisa. En el aire tibio del atardecer, el conjunto formado por el candelabro, la porcelana, las copas aflautadas y la botella de vino que Gabe acababa de abrir, resultaba muy romántico.

Era un gran alivio haber conseguido superar el conflicto entre ellos hasta lograr ese punto de camaradería y sosiego. Era como un milagro, pues, tan sólo la noche antes, la situación era sombría y tensa. Lainey se había jurado a sí misma no dejar nunca que las

cosas volvieran a ser como antes de ese día y, al parecer, Gabe había decidido lo mismo.

Aun así, Lainey estaba preocupada por lo que pasaría a partir de ese momento, no porque la perspectiva de la intimidad física la pusiera nerviosa, sino porque quería que su matrimonio se basara en algo más que el sexo y tener hijos. Lo ocurrido ese día había sido un buen comienzo, pero sentía que no era digna de ninguna de las cualidades más profundas de un matrimonio, en especial, el amor de Gabe.

Era una sensación que se acrecentaba con cada gesto generoso y bien intencionado de Gabe. Él era quien hacía los sacrificios y ella era quien, sin duda, se beneficiaba. Ella no se lo merecía, no era digna de nada, inclusive lo que Gabe había hecho por salvar Rancho Talbot.

Le parecía que sus esfuerzos por encontrar una manera de igualar o superar los sacrificios que él hacía y su generosidad fallaban, y se preguntaba qué podía hacer o darle para ser digna de él. Y, desde luego, sería difícil recuperar esos cinco años de ventaja que le llevaba.

—Tenemos tiempo para un brindis antes de que Elisa traiga la cena —dijo Gabe alzando su copa de vino, cuya fragilidad resaltaba entre sus fuertes dedos.

Lainey también alzó su copa hacia él.

—¿Por qué brindamos?

—Decídelo tú.

La había puesto en un compromiso con mucha sutileza. No se atrevió a brindar por lo que realmente deseaba, y eso hizo más profunda su melancolía.

—¿Qué te parece brindar por… nuestro futuro?

—¿Tenemos un futuro?

La pregunta era un golpe doloroso. Lainey respondió con un hilo de voz:

—Durante tanto tiempo como tú lo desees, Gabe.

Él la miró fijamente durante unos instantes, con la copa preparada para chocar con la de ella, pero sin moverse.

—Entonces, dilo así.

Lainey alzó la copa un poco más arriba y dijo:

—Por nuestro futuro, juntos.

Gabe tocó la copa con la suya y ambos dieron un sorbo. Él dejó su copa y, apoyado en la mesa, se quedó mirándola. La intensidad de su mirada la puso nerviosa, y se puso a juguetear con su copa.

—Estás muy guapa esta noche —murmuró—. El azul te sienta muy bien. Hace que tus ojos se vean muy profundos.

Era un cumplido rudo y simple, pero a ella le sentó bien.

—Muchas gracias.

Elisa llegó con la cena y empezaron a comer. La conversación fue escasa, pero no incómoda, versando sobre todo sobre los planes para los dos días siguientes y decidiendo si irían pronto o no a la barbacoa en casa de McClain.

La tarde era cálida y, cuando terminaron de cenar, fueron a dar un largo paseo. Cuando regresaron al patio se sentaron en el balancín a contemplar la puesta de sol. El cielo comenzaba a oscurecerse y aparecieron las estrellas. Las luces de la casa estaban encendidas e iluminaban el patio con una luz tenue.

Lainey miró a Gabe de soslayo. Aunque su perfil parecía relajado, ella sentía aún la necesidad de disculparse con él. A pesar de la tranquilidad de ese día y de esa tarde, el peso del pasado era abrumador, y la tristeza y el remordimiento que ella sentía enturbiaban todos sus pensarnientos y le oprimían el corazón. Hizo acopio de fuerzas para decir:

—¿Lo estropearía todo si yo…?

Lainey enmudeció. Tal vez sus motivos no eran los correctos. «¿No sería egoísta seguir sacando el tema?», pensó. Gage merecía oír unas disculpas sinceras, pero quizá ella lo hacía por quitarse el dolor que la agobiaba y porque se sentía obligada a disculparse. Y volver a mencionar el tema podría estropear el día que había transcurrido tan bien y la velada tan maravillosa que él había planeado para los dos.

—¿Si tú que…?

Lainey percibió que su expresión se endurecía, como si estuviera distanciándose de nuevo.

—Por favor, no lo hagas. No te encierres en ti mismo —le puso la mano en el brazo—. Por favor, olvídate de lo que he dicho.

—Te ha estado carcomiendo toda la tarde, así que será mejor que lo digas —dijo él mientras la miraba con una expresión sombría —. Luego, yo diré lo que tenga que decir y asunto terminado.

Lainey se estremeció. Estaba claro que él suponía que estaba a punto de disculparse de nuevo, pero ella no sabía si lo que él había dicho era una advertencia o no.

Volvió a pensar en todos esos paquetes que había devuelto y, a la luz de la sensibilidad que había descubierto en él, se le encogía el corazón. El le había ofrecido que hablara, y ella no sabía cómo disculparse de manera que borrara todas las ofensas que le había hecho.

Y por muchas veces que lo hubiera ensayado mentalmente, al llegar el momento, no conseguía sino balbucear.

—Yo… yo he querido decírtelo desde hace tiempo. He pensado en miles de palabras, pero… —Lainey apretaba los dedos tratando de concentrarse en lo que iba a decir. Y cuando retiró su mano de encima del brazo de Gabe, la mano le temblaba. Lo más difícil era mantener la mirada clavada en él. Si Gabe podía juzgar su sinceridad por lo que viera en sus ojos, ella deseaba que tuviera oportunidad de hacerlo—. No te merecías ni un segundo de las ofensas y los agravios que te he causado —dijo con dulzura—. Estoy tan arrepentida que me gustaría pensar que nunca ocurrió, pero sé que no es posible —su voz se quebró—. Tal vez todavía pueda resarcirte de alguna manera. Y quizá, si lo consigo, con el tiempo podrías olvidar lo que te he hecho. Pero tanto si puedes como sí no, te repito que estoy profundamente arrepentida. Si pudiera empezar de nuevo… —Gabe le dejó que dijera y repitiera sus frases entrecortadas por la emoción hasta que ya casi no tenían sentido. Ella se dio cuenta y añadió—: Puede que todo te suene a hueco ahora, pero tal vez con el tiempo, si todavía quieres que me quede, podrás ver que soy sincera de verdad.

Lainey temblaba, pero consiguió tomar aliento. Temblaba porque le costaba trabajo retener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, y también porque la expresión de él era pétrea y su mirada estaba turbada.

No quería llorar delante de Gabe, pero estaba segura de que él sabía que estaba a punto de hacerlo. No creía que se fuera a burlar de sus lágrimas, pero no quería que pensara que estaba coaccionándolo.

—Acepto.

El tono hosco de sus palabras casi disparó el torrente de llanto.

No se atrevía a mirarlo, y se mordió el puño cerrado para cortar las lágrimas.

Cuando había logrado controlarse un poco, lo miró y balbuceó:

—¿Estás seguro?

—Empezaremos desde cero.

Lainey trató de no interpretar lo que él había dicho.

—¿Empezar desde cero? —preguntó, incrédula, conteniendo el aliento.

—Nuestro matrimonio no tendrá muchas posibilidades si no lo hacemos. El marcador está limpio, pero necesito saber alguna cosa.

—¿El qué? —Lainey se puso tensa.

La expresión de Gabe se endureció y su tono se hizo más denso.

—¿Estás pensando en irte de todos modos en cuanto se cumplan los cinco años y hayamos aclarado todo lo de Rancho Talbot? ¿O vas a quedarte conmigo?

Le dolía oírle decir eso. Acababa de aceptar sus disculpas y de decidir que empezarían desde cero. Que todavía dudara si ella se marcharía o no la hería profundamente. Cuando logró hablar, sus palabras estaban llenas de sentimiento.

—No me marcharé a menos que tú lo desees —susurró temblorosa.

Los ojos de Gabe se iluminaron y ella sintió que la quemaban. Él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí con fuerza. Lainey puso una mano sobre su pecho.

—Muchas gracias. No me merezco una segunda oportunidad, pero la deseo de veras. La deseo mucho —se enjugó rápidamente una lágrima e intentó sonreír—. No habré estropeado esta maravillosa noche, ¿verdad?

—Sólo si no me besas.

El tono de su voz era seductor y Lainey alzó la mano para acercar la cara de Gabe hacia sus labios y lo besó en la mejilla. El beso fue tierno como el de la primera noche, y lleno de sentimiento por parte de ella, aunque teñido aún por la tristeza de todos esos años.

Gabe la agarró y la hizo sentarse sobre sus rodillas; sin ningún recato, puso sus labios sobre los suaves labios de Lainey. Su boca aún tenía sabor a vino y el beso era embriagador. Cuando terminó de besaría. Lainey estaba ansiosa por seguir. El también lo deseaba;

le acarició el cabello y la besó de nuevo.

—Tengo algo para ti —murmuró, estrechándola más fuerte.

—Ya me has dado muchas cosas hoy, Gabe —susurró ella con dulzura y se apartó un poco para mirarlo—. Yo también compré algo para ti. ¿Te importaría que te lo diera ya primero?

Gabe se quedó observando, con curiosidad, el rostro azorado de Lainey.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Durante uno de tus viajes al coche. ¿Puedo?

—Puedes —contestó él sonriendo.

Lainey se levantó de sus rodillas y entró el dormitorio para sacar del cajón de la cómoda el regalo que había escondido. Antes de la cena le había pedido a Elisa papel y una cinta, y lo había envuelto cuidadosamente mientras Gabe miraba la correspondencia.

La cajita de la joyería, envuelta en papel de seda y con un lazo azul, no era muy grande, pero Lainey estaba segura, por lo que había averiguado sobre Gabe ese día, que lo complacería más la sorpresa que el contenido. Cuando salió, Gabe seguía sentado sobre el balancín. Aunque no se veía nada, seguro que ya había sacado lo que tenía pensado darle. Lainey se sentó junto a él en el columpio y le entregó el regalo.

Él lo tomó con aire solemne y tiró del lazo despacio. Era curioso ver cómo desenvolvía el paquete con cuidado en lugar de romper el papel. Ver sus grandes manos empleadas con tanto cuidado hizo que una oleada de calor recorriera el cuerpo de Lainey al pensar en cómo sería si él la acariciara con la misma suavidad. Entonces, Gabe abrió la caja.

Lainey lo observaba impaciente y se tranquilizó al ver que él sonreía al sacar el colgante.

—Creo que nunca había visto una turquesa tan fina —dijo él, mientras la acercaba a la luz—. Muchas gracias, mi querida esposa —la miró y le tendió el colgante—. ¿Me harías el honor?

Ella lo tomó, lo abrió y se lo pasó por la cabeza, colocándolo bajo el cuello de la camisa. Terminó de abotonársela hasta el cuello y alisó la tela. Cuando ajustó el colgante, Gabe le agarró los dedos.

Lainey observó cómo él cerraba su mano sobre la de ella y se la llevaba a la boca. La sensación de los labios calientes y duros de Gabe contra sus dedos hizo que Lainey se derritiera por dentro y

todo su cuerpo empezó a temblar. Y cuando él comenzó a mordisqueárselos con dulzura, ella sintió una serie de oleadas sensuales que conmovieron la parte más femenina de su cuerpo.

Él se detuvo y soltó una de las manos para poder buscar algo en un bolsillo de la camisa. Lainey seguía hipnotizada por sus ojos oscuros y no pudo ver lo que él había sacado. Cuando él se puso solemne, ella se preocupó.

—Puesto que vas a quedarte, me gustaría que usaras esto —dijo sacando el precioso anillo de compromiso y la alianza que ella había abandonado junto a su firma cuando se casaron en el juzgado. Lainey no pudo contener las lágrimas.

La enorme piedra del anillo de compromiso y las de la alianza brillaban como estrellas. Gabe se había gastado una fortuna para regalárselas, y ella se las había quitado fríamente y se había marchado sin importarle ni el gesto ni el coste.

Avergonzada y humillada, se sentía más indigna que nunca, consciente de la paciencia que él había mostrado hacia ella. No podía detener el torrente de lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Oh, Gabe. Me detesto —exclamó en un tono desesperado.

—¡Basta ya! —rugió Gabe, y ella, sobresaltada, alzó la vista. El, con toda ternura, le puso los anillos en el dedo anular y volvió a agarrarle las manos—. Hace unos minutos pactamos hacer borrón y cuenta nueva, incluido lo sucedido aquel día en el juzgado. Si has sido sincera, debemos empezar de cero —dijo apretándole las manos—. ¿Entendido?

Lainey le dedicó una sonrisa trémula que no logró mantener.

—Sí, lo he entendido. Gracias.

Percibió en la mirada de Gabe que sus lágrimas y los motivos del llanto le daban pena, y por eso no lograba parar.

Después retiró las manos de las de Gabe y le rodeó el cuello, abrazándolo con fuerza. Estaba desconsolada y no podía controlar los espasmos del llanto.

—Lo siento —susurró y, de pronto, se encontró en brazos de Gabe, que la llevaba al dormitorio. Se aferró a él, escondiendo la cara contra su cuello y tratando de enjugarse el llanto.

Una vez dentro, Gabe la dejó en pie y fue a correr las cortinas. Lainey se escapó al cuarto de baño a lavarse la cara para estar más

presentable. Cuando salió, él estaba en el vestidor quitándose las botas.

Al verla, le sonrió como si de verdad hubiera olvidado el pasado.

—¿Vas a ponerte ese precioso conjunto blanco que compraste hoy?

—¿Preferirías que me pusiera uno de los que tú escogiste?

Gabe negó con la cabeza.

—Es mejor no empezar nada esta noche. Creo que el blanco podré resistirlo. Los otros, creo que no —había sido tan directo, que ella se sonrojó—. Y para que lo sepas, quiero tener una amante en la cama. Cuando llegue el momento, que será pronto, no quiero que trates de resarcirme de nada que no sea el tiempo que hemos desperdiciado —lo había dicho de forma tan encantadora que suscitó en ella imágenes eróticas. Más azorada aún, le sonrió. Gabe correspondió con otra sonrisa y ella se estremeció, llena de amor—. Y cuando tengas tiempo, ponte a producir muchas más sonrisas como ésa, señora Patton. Son endemoniadamente bonitas.

—Y también son bonitas las tuyas, señor Patton —repuso ella con toda sinceridad.

El dejó de sonreír, pero le brillaron los ojos.

—Eso, cariño, te lo aguanto en privado, pero «bonitas»… Ningún hombre que se respete a sí mismo toleraría que lo llamaran así.

Lainey no pudo reprimir una risita.

—Muy bien, ¿qué te parece «atractivo»? ¿O, tal vez, «endemoniadamente atractivo»?

Él arqueó las cejas con escepticismo.

—¿Para un tipo de aspecto rudo como el mío?

—Especialmente para ti. No tienes ni idea de tu aspecto cuando sonríes, o de cómo me haces sentir…

Al principio de la conversación, Gabe se había quitado el colgante y comenzado a desabotonarse la camisa, pero se detuvo en el botón de la cintura.

—¿Y ahora? —preguntó con voz grave y sensual—. ¿Cómo te hace sentir esto, señora Patton?

El ambiente se había hecho denso y sensual, y Lainev se atrevió a decir:

—Me hace sentir muy bien, Produce un cambio en la habitación. Tengo problemas para apartar la vista y siento deseos de que vuelva

a empezar. Creo que no puedo explicarlo mejor.

—Si lo explicas mejor, creo que no necesitarás ponerte el conjunto blanco.

La masculinidad de Gabe parecía alcanzarla y envolverla. Lainey sintió una oleada de excitación y de temor femenino y le flaquearon las rodillas.

—¿Quieres que me vaya a la otra habitación?

Era una pregunta estúpida, pero por la expresión de Gabe, estaba claro que era la pregunta correcta.

—Sí, vete. Lo que un hombre puede aguantar tiene un límite, si no quiere que sus buenas intenciones se vayan al garete.

Lainey se apresuró a salir y se metió en el cuarto de baño para quitarse el maquillaje y ponerse el camisón.

Cuando salió, Gabe ya estaba allí, recostado contra la cabecera de la cama y con las sábanas por encima de la cintura. Al verla cruzar el cuarto hacia la cama, su mirada era de fuego.

Lainey sólo llevaba puesto el camisón, que la cubría desde el pecho hasta los pies. Todo lo que sujetaba la tela de seda eran unos finos tirantes. Se había mirado en el espejo antes de salir y se había percatado de que el camisón era más transparente de lo que parecía en la tienda. Estaba arrepentida de no haberse puesto también la bata.

Cuando llegó a su lado de la cama y se metió dentro, se tapó apresuradamente. Gabe apagó la luz de inmediato y se estiró a su lado.

—Parecías una virgen caminando hacia el altar de un sacrificio pagano —susurró Gabe.

Lainey lo miró en la oscuridad. Esperaba no haberlo ofendido.

—No me había dado cuenta…

—Pensé que debía aclararte que la primera vez entre nosotros, o cualquier vez, no tiene por qué ser necesariamente en una cama. —Lainey percibió la broma, pero no dijo nada—. Tener una esposa hace que cualquier lugar en privado tenga mucho potencial.

—¿Cuál es la diferencia entre una esposa y una amiga? —Osó preguntar Lainey.

—Que hay más oportunidades de estar juntos en más sitios.

—Oh…

—No lo decía para que te creyeras que soy un fenómeno sexual.

Lo decía por lo de esperar. No mucho, pero no hoy.

Lainey sonrió en la oscuridad y acercó su mano a la de él. Gabe se volvió y la rodeó con un brazo. Ella se sorprendió de que no la besara, pero lo entendió al sentir la tensión en el cuerpo de él.

Se sentía emocionada de estar tendida a su lado con el brazo de él reposando pesadamente sobre ella. Era tan emocionante que se atrevió a poner la mano y el brazo sobre el de él, Gabe respondió con un gruñido que la hizo sonreír de nuevo.

En la oscuridad, Lainey se quedó pensando en las cosas que él había dicho. Cosas simples, que la habían conmovido. Estaba segura de que quedarse con Gabe era lo mejor que podía hacer y que nunca se arrepentiría.

Capítulo 9

Al día siguiente, Gabe la acompañó a la cita con el médico. Desde el momento en que entraron por la puerta, todas las miradas se posaron en ellos. Cuando se giraron para ir a sentarse, cuatro pacientes saludaron a Gabe y luego a Lainey, y luego se fijaron en los anillos del dedo anular. Cuando se sentaron, todos los adultos de la sala, incluidas las dos empleadas, les habían dado un buen repaso y seguían cuchicheando.

Gabe parecía inmune a las miradas, pero Lainey se sentía cohibida, pues notaba que la miraban más a ella que a él. Hasta que, por fin, Gabe alzó el brazo y lo pasó por detrás de ella sobre el respaldo de la silla.

Lainey se fijó en que Gabe, en lugar de hacer caso omiso a las miradas, las devolvía. Sus ojos tenían un brillo desafiante y, al verlo, varias personas apartaron la vista.

Aunque Lainey se sentía censurada por todos los que estaban en la sala, lo sentía más por Gabe que por ella. Se preguntaba si habrían estado mirándolo así y cuchicheando durante todos esos años. Así era la vida en las ciudades pequeñas. Todo el mundo lo comentaba todo. Aunque los cotilleos solían ser inofensivos, ella no dejaba de pensar en que Gabe habría tenido que aguantar innumerables aguijonazos a su orgullo.

Cuando un hombre como Gabe Patton entraba en un lugar, nadie podía decir que no lo había visto, pero Lainey estaba segura de que no le gustaría llamar la atención por algo que no fuera su buen carácter y sus bien ganados méritos. Ella había oído

suficientes comentarios sobre las circunstancias en que había crecido para saber que tanto su familia como él habían sido, a menudo, el blanco de habladurías.

Gabe había superado su difícil educación y había trabajado mucho para conseguir la estima de la gente, a la par que sus éxitos económicos. Lainey se sentía mal por saber que, después de todo lo que él había hecho por conseguir que lo respetaran, su conducta de esposa malvada lo había vuelto a poner en la diana de las críticas. Y lo que era peor, algunas personas podían haber pensado que Gabe era un hombre malvado que había echado de casa a su esposa.

Lainey permanecía tensa y ensimismada, pensando en las consecuencias de lo que había hecho. En un momento dado, alargó la mano para tomar la de Gabe y él se la apretó con cariño y, distraído, se puso a juguetear con un dedo con los anillos.

Al notar que él estaba aburrido, Lainey pensó en darle una de las revistas que tenía a su lado. En ese momento la enfermera la llamó. Gabe le soltó la mano y, al pasar, ella aprovechó para agacharse, asir una revista y dársela.

Estaba entrando gente nueva a la consulta y Lainey se sintió culpable de dejar a Gabe solo ante la curiosidad de los que habían llegado.

No se sintió tan incómoda cuando fue a comprar el producto que le habían recetado. La farmacia era muy grande y entre las estanterías podía pasar inadvertida. Cuando notó que alguien la había reconocido, se cambió de pasillo. Pero no consiguió tranquilizarse del todo hasta que no estuvo metida en la camioneta de Gabe, camino de la autopista que los llevaría a casa.

Estaba a punto de disculparse ante él por haber sido el centro de atención ese día cuando, como si lo hubiera adivinado, Gabe le dijo:

—Cuando se acostumbren a vernos juntos, la heladería traerá un nuevo sabor de helado, o la vaca de algún ganadero tendrá becerros gemelos y nosotros pasaremos a ser historia antigua. —Lainey suspiró aliviada y se rió, agarrando la mano de Gabe. Él la miró—. Así que aleja esa mirada triste de tus ojos, señora Patton. Estamos llegando y pronto empezaremos a ver gente de nuevo. No es frecuente que un matrimonio mal avenido se reconcilie, y a la gente le gusta verlo. En cuanto se aburran de hablar de ello, empezaran con lo contrario, diciendo: «¿Verdad que Lainey y Gabe hacen muy

buena pareja? Son la sal de la tierra» —su tono era tan exagerado que consiguió que Lainey sonriera.

—Eso espero —contestó ella, poniendo una mano sobre el dorso de la mano de Gabe.

—Yo lo sé seguro —afirmó él, apretándole la mano—. Ya sé que estás preocupada por la barbacoa de Mac. No te preocupes más. No estará mal que la gente sepa que estoy orgulloso de mi esposa.

«Dios mío», pensó ella.

—¿Orgulloso? Oh, Gabe…

Se detuvieron en el último semáforo de la ciudad y Gabe volvió a mirarla con una expresión muy seria.

—Cuesta mucho enfrentarse a las cosas y luego hacer que salgan bien. Cuesta aún más llevar la cabeza bien alta y no dejar que nadie te pisotee. Irás conmigo el sábado y les demostrarás a todos lo que sientes ahora.

Gabe miró hacia adelante justo al tiempo que la luz se cambiaba y reemprendió la marcha.

Lainey quería decirle que dudaba que todo fuera tan fácil como él decía, pero cambió de idea.

—Yo no he hecho grandes cosas para que todo funcione entre nosotros, Gabe.

Gabe se puso serio.

—Te enfrentaste a la verdad y volviste para decírmelo; ahora vas en esta camioneta conmigo y tienes intención de quedarte. Yo tengo confianza en el resto —se giró para mirarla—. Tengo confianza en ti.

La sinceridad que Lainey vio en sus ojos le causó un sentimiento agridulce y sintió que se le saltaban las lágrimas. Pensaba: «¿Seré lo suficientemente buena persona para cumplir con lo que espera de mí?».

Creía adivinar que lo que él esperaba de ella tenía más relación con sus propios deseos que con su confianza y deseaba fervientemente no defraudarlo en lo más mínimo.

Si no era lo bastante noble para merecerlo, encontraría la forma de serlo, pensó. El ansia que sentía por no defraudarlo era una motivación muy poderosa.

—¿Qué he hecho de bueno para merecer un marido como tú?

Gabe arqueó las cejas y le contestó sonriendo:

—Ten cuidado. Si sigues hablando así, se me subirá a la cabeza.

—Ojalá —contestó ella.

Gabe volvió a apretarle la mano y se concentró en la carretera. Lainey se quedó mirándolo de reojo con el corazón repleto de amor.

* * *

Al terminar el almuerzo, Gabe fue al cuarto de estar mientras Lainey iba a la alcoba a cambiarse a una ropa más cómoda. Cuando salió de la habitación, vio que Elisa entraba apresuradamente en el cuarto de estar. Sin darle importancia continuó caminando, pero al oír la conversación entre Elisa y Gabe se detuvo, pues no quería interrumpir.

Al parecer, Elisa tenía una emergencia familiar que concernía a su hermana mayor, y Gabe le dio varios días de permiso. A Lainey le gustó oír que, sin pedirle más explicaciones, él le dijo a Elisa que se tomara el tiempo que fuera necesario y, además, le aseguró que le pagaría los días que estuviera fuera.

Elisa le dijo que intentaría encontrar a alguien para reemplazarla, pero Gabe la cortó diciéndole que sólo se preocupara por su hermana.

La generosidad y la amabilidad que Gabe mostraba hizo que Lainey lo amara mucho más. Se sorprendía de haber podido pensar que Gabe era un hombre duro, demasiado pragmático y sin experiencia social para molestarse en cortejar a la mujer que deseaba como esposa. ¿Acaso, ese día y el anterior, no le había demostrado con creces que tenía mucho talento para hacerlo?

Su generosidad hacia Elisa y su comprensión por la emergencia familiar demostraban algo más. Demostraban que para Gabe una familia era mucho más que una obligación y que hacía todo lo posible por fomentar el sentimiento familiar, aun a costa de su propio bolsillo. Después de todo, no sólo iba a pagarle a Elisa, sino que tendría que pagarle a quien la sustituyera.

Cada vez más, Lainey se daba cuenta de que Gabe era un hombre muy comprensivo y generoso y que su apariencia ruda y sus ademanes bruscos no eran más que una fachada para esconder la ternura de su corazón.

Elisa salió del cuarto de estar y corrió hacia su cuarto en el extremo opuesto de la casa sin darse cuenta de que Lainey estaba en el pasillo, a pocos metros de ella.

Cuando Lainey entró en el cuarto de estar, Gabe estaba recostado en su silla mirando al vacío, pero al darse cuenta de que ella entraba se volvió a mirarla.

—He oído tu conversación con Elisa. Has sido muy amable con ella.

—¿Sabes cocinar?

Había hecho caso omiso del cumplido y ella sonrió.

—Siempre cocinaba para mamá, pero creo que a ti te van más los filetes con patatas.

—No soy exigente con la comida. No me importa con tal de que me llene. Pero si está comestible, tanto mejor.

—Lo será.

—Gracias —dijo sonriendo—. ¿Quieres ver el famoso extracto ahora?

Lainey negó con la cabeza.

—Estaba pensando en qué podría hacer para ayudar a Elisa. Será mejor que vaya a la cocina a ver qué hay en el frigorífico para la cena.

—Es una buena idea. Vuelve cuando termines…

Lo había dicho en un tono grave e insinuante que hizo que Lainey se estremeciera. El brillo de sus ojos hizo que recordara lo que había dicho la noche anterior sobre las esposas y los lugares privados. Desde su llegada a la casa, nunca habían estado solos, y pensar que la ausencia de Elisa les daría la oportunidad de estarlo durante algunos días le produjo una oleada de excitación mucho más fuerte que su preocupación por lo que pudiera suceder.

—Volveré enseguida —contestó en voz baja. Era algo más que una promesa.

* * *

Elisa agradeció el ofrecimiento de Lainey, pero dijo que sólo tenía que empaquetar unas cosas y que podía hacerlo ella misma. Lainey le expresó sus buenos deseos para su hermana y reiteró la petición

de Gabe de que los mantuviera informados en cuanto pudiera.

Elisa se marchó y Lainey fue a la cocina para ver qué podía hacer de cena. Localizó los utensilios que iba a necesitar y buscó los platos y los vasos.

El teléfono sonó varias veces y Gabe contestó desde la extensión del cuarto de estar. Cuando Lainey regresó, Gabe seguía con una conversación de negocios. Le dedicó una mirada distraída que no tenía ni rastro de sus insinuaciones de antes, así que ella optó por salir a tomar el aire en el patio.

La tarde era bastante calurosa y Lainey se quedó un rato afuera hasta que pensó en algo que tenía que hacer. Volvió a mirar al cuarto de estar y vio que Gabe seguía hablando, así que decidió ir a la alcoba.

Se dirigió al vestidor para sacar la ropa que había comprado el día antes, quitar las etiquetas y colgarla. Cuando llegó el turno a la bolsa de lencería, sólo sacó las prendas que ya había visto y dejó sin abrir las dos cajas que Gabe no le había dado aún.

* * *

Durante cinco años, Gabe había rechazado luchar por retener a su esposa. Podía haberla seguido y obligado a escucharlo. Podía haber utilizado el control que tenía sobre la herencia para obligarla a volver a Texas. O podía haberle enviado sus abogados a informarla sobre el estado real de las finanzas del Rancho Talbot. Ella se habría visto obligada a volver.

Gabe no había hecho nada de eso, no porque así lo eligiera, sino por orgullo. Estaba furioso y eso le impedía decirle la situación del Rancho. Por eso había esperado a que transcurrieran los cinco años antes de poner una demanda financiera sobre Talbot. Hacer que Lainey se preocupara por eso podía haber sido una venganza suficiente, aunque nunca lo habría llevado a cabo porque le había prometido a John que lo conservaría para ella.

Pero los cinco años de orgullo y rabia, que habían sido aún más amargos por la rígida abstinencia que se había obligado a mantener, habían cambiado en el momento en que había visto a Lainey en los corrales diciendo que haría cualquier cosa por conseguir su perdón.

Se había aprovechado de ello sin piedad, hostigándola y avergonzándola para que se quedara, abusando de la decencia que su padre le había inculcado, en un último intento de conseguir el matrimonio que tanto había esperado. Si ella tenía suficiente sentido del honor para seguir adelante, tal vez ambos encontrarían que valía la pena permanecer casados.

Tan pronto como la vio buscándolo en los corrales, Gabe supo que los cinco años de rabia y abstinencia sexual no habían conseguido destruir lo que sentía por ella ni sus motivos para casarse.

Había escogido a Lainey como posible esposa, meses antes de que John le hubiera confiado su preocupación por que Sondra despilfarrara lo que quedaba de la herencia de Lainey y le pidiera ayuda.

Gabe estaba seguro de que John volvería a cambiar el testamento una vez que el Rancho Talbot estuviera de nuevo a flote y Lainey se separara de su madre, y nunca pensó que la muerte de John ocurriría tan pronto. Por eso, cuando John le preguntó qué quería a cambio de su ayuda, no había dudado en decirlo.

Pensaba decirle a John que quería salir con su hija con intención de casarse, y aprovechó la petición de ayuda para demostrar que sus intenciones eran serias y averiguar si John estaba de acuerdo.

En aquel entonces, Lainey ya prometía convertirse en una belleza y amaba el campo y la vida en el rancho tanto como él. Era una mujer de las que no daban importancia a que el hombre con quien se casaran tuviera dinero o no. Por ese motivo era la mujer apropiada para un hombre que más de una vez había visto que lo buscaban más por su dinero que por el tipo de hombre que era.

El padre de Lainey había sido un hombre de honor con mucha más influencia sobre su hija que la arpía de su madre, y Gabe estaba satisfecho del gran sentido del deber que Lainey había demostrado hacia ambos progenitores.

Gabe había notado varias veces que los ojos azules de ella se fijaban en él con curiosidad y brillaban con especial interés. Incluso después de trasladarse a Chicago para vivir con su madre, seguía mostrando un tímido interés por él cada vez que visitaba a su padre. Gabe siempre se preguntaba si el interés de Lainey era tan fuerte como el interés que él sentía por ella.

Sólo había necesitado que John le preguntara qué quería como contrapartida del trato para pedirla en matrimonio sin rodeos. La respuesta de John había sido la que Gabe deseaba. Tras un breve silencio, John había soltado una carcajada, le había dado una palmada en la espalda y lo había informado de que Lainey tenía previsto visitarlo al cabo de tres semanas.

—No esperes a que me muera para ponerle una alianza en el dedo, hijo mío —había dicho John—. Ponte en marcha en cuanto llegue a casa.

Había estrechado su mano con entusiasmo y había declarado que incluiría ese matrimonio en el testamento como la condición principal para que Lainey heredara el Rancho Talbot.

Pero John había muerto dos semanas después y, gracias al testamento, una semana más tarde, Gabe había contraído matrimonio con Lainey en el juzgado.

¿Sería cierto que ella lo había amado de verdad como lo había manifestado?

Llevaban casi cuatro días viviendo bajo el mismo techo y a Gabe le resultaba cada vez más difícil mantener su decisión de esperar para hacer el amor con ella. Aunque sentía mucho la emergencia familiar de Elisa, no dejaba de pensar que su ausencia lo dejaba solo en la casa con su esposa. Dormir junto a ella en la cama las tres noches anteriores lo habían desgastado y sabía que no podría enfrentarse a otra noche de abstinencia. Ni siquiera a otra hora.

Su mente le decía que era demasiado pronto, pero su cuerpo clamaba de ansiedad.

* * *

Lainey había juntado todas las cajas vacías, metiendo las más pequeñas dentro de las grandes y guardándolas en la balda superior del armario, cuando oyó que Gabe entraba en la alcoba.

Toda ella se estremeció a su llegada. Los latidos de su corazón se multiplicaban al oír sus pasos. No quiso mirar en su dirección para que él no notara su excitación y su nerviosismo.

En el momento en que Gabe entró en el vestidor, el aire se hizo denso. Se aproximó por detrás y le puso las manos en la cintura.

Luego, las deslizó hacia su vientre y la atrajo hacia sí. El calor que irradiaba su cuerpo fuerte y musculoso a través de la ropa hizo disparar la temperatura del vestidor.

Gabe posó sus cálidos labios sobre el cuello de Lainey y el pulso de ella se aceleró, las rodillas se le doblaron y las etiquetas que aún tenía en la mano se le cayeron.

Gabe continuó explorando con sus labios el cuello y la zona de detrás de la oreja de Lainey y, de pronto, se atrevió a acariciarle el cuerpo, primero con timidez y luego con más decisión. La estrechó contra su cuerpo y apoyó la barbilla contra su mejilla.

—Me siento como si lloviera —murmuró sobre su piel sofocada.

Lainey sintió una oleada de sensaciones que recorrían su cuerpo y acababan centrándose en su parte más íntima. Si hubiera tenido control sobre su cuerpo, habría sonreído. Le gustaba la forma de actuar de Gabe, decidida, pero delicada. Pensó que tras la sequía llegaba la lluvia y supo exactamente lo que iba a seguir. La anticipación le produjo un calor interno que le quitó lo poco que le quedaba de voluntad.

—Creo… que sí lo parece —dijo ella con voz temblorosa y sin aliento, que casi no se oía.

—En Chicago se te pegó el acento yanqui. Apuesto a que yo puedo hacerlo más pausado.

Deslizó sus grandes manos un poco más arriba y, cuando llegaron a destino, ella sintió que un terremoto le revolvía el cuerpo. Él la hizo girar hasta quedar cara a él.

Antes de que Lainey tuviera tiempo de verle la cara, él la estaba besando. Ella no pensaba en nada y sólo sentía lo que los labios y las manos de Gabe le hacían. De pronto se encontró tumbada en la cama con el cuerpo de él acomodándose sobre ella.

La gran alcoba estaba silenciosa y en penumbra, y el aire denso por la ansiedad y el deseo. Cada botón desabrochado, cada roce de tela sobre tela y el ruido rasposo de sus manos callosas sobre el algodón despertaban pequeñas convulsiones. A medida que se iban quitando las distintas prendas, Lainey se estremecía por el calor y el tacto de la carne dura de Gabe y el roce de sus manos encallecidas y de su vello masculino contra la delicada piel de su cuerpo.

No intercambiaron ninguna palabra inteligible mientras se besaban y exploraban, y el cuerpo de Gabe estaba tenso y

tembloroso por el esfuerzo que hacía por contenerse.

El dominio de Lainey sobre sí misma había desaparecido desde la primera caricia en el vestidor y no se dio cuenta del momento en que Gabe perdió el control. Fue un momento desenfrenado, pero tierno, que la hizo gritar de dicha al sentir que su cuerpo se remontaba con el de Gabe a la cima del placer. Luego, poco a poco y suavemente volvieron a tierra como si flotaran, en un vaivén de embriaguez, hasta caer dormidos abrazados.

* * *

Las mujeres con las que Gabe había estado antes de casarse con Lainey tenían experiencia. Algunas de ellas estaban ya hastiadas, pero Gabe nunca lo notó. Después de la maravillosa experiencia de hacer el amor con Lainey, se dio cuenta de lo incompleto y burdo que había sido el sexo de entonces. Durante la hora anterior, había descubierto lo que el sexo debía ser.

Su preocupación por ser capaz de controlarse para darle tiempo a Lainey a estar preparada estaba bien fundada. Un hombre podía aguantar solamente durante un tiempo determinado y él había terminado por apresurarlo más de lo que hubiera deseado.

Pero al ver a Lainey dormida entre sus brazos, se dio cuenta de lo que había hecho en realidad. El impulso primitivo de conmoverla y marcarla como suya lo había imposibilitado para esperar ni un minuto más. Suponía que ella no había tenido intimidad con ningún otro hombre y que al entregarse a él se sellaría un vínculo muy profundo entre ellos. Una mujer educada como Lainey no se entregaba con facilidad a una aventura sexual, y, como él sospechaba, aún era virgen a sus veinticinco años. Mejor dicho, lo había sido.

Aunque Lainey había asegurado que se quedaría con él, ¿qué pasaría cuando se diera cuenta de que la había perdonado y ya no se sintiera culpable? La inseguridad que Gabe había escondido todos esos años había resurgido en esos últimos minutos y la experimentó con más fuerza que nunca desde su niñez.

¿Querría Lainey quedarse allí como su esposa, o estaría resentida porque él la había presionado? ¿Le reprocharía haberse

precipitado a hacer el amor?

Y lo que era peor, ¿habría permitido que la sedujera tan pronto porque pensaba que estaba en deuda con él por todos esos años de fidelidad y abstinencia? ¿O se había entregado tan deprisa porque también lo habría hecho si las cosas hubieran sido distintas entre ellos durante esos cinco años?

Gabe sabía que era demasiado pronto para esperar que su entrega hubiera sido por amor. Si hubiera podido esperar, ¿habría pronunciado palabras de amor? ¿O la espera de unos días o semanas le habría dado tiempo para darse cuenta de que nunca podría amarlo?

Se despreció a sí mismo porque, después de todos esos años de que ella se lo hiciera pasar mal, no había sido capaz de resistir el deseo de saber lo que sentiría haciendo el amor con ella.

Gabe había aprendido lo suficiente sobre el sexo para saber llevarla con rapidez al punto en que su cuerpo era quien decidía y no su corazón. Aprovecharse de su inocencia había sido puro egoísmo, incluso crueldad, pero él necesitaba al menos eso de ella. Su cuerpo no había podido esperar a que ella decidiera si alguna vez podría pronunciar las palabras de amor que a él el orgullo le impedía decir primero.

Él siempre la había amado, aunque estuviera furioso y desengañado, pero no sabía lo que Lainey sentía de verdad por él. Ella había dicho que una vez lo había amado, pero ¿podría amarlo de nuevo?

Lainey se movió entre sus brazos y suspiró. De pronto, a su cuerpo no le importaba si esa mujer lo amaba o no, o si alguna vez lo amaría. El deseo había hecho que su cerebro cediera el paso al instinto varonil. La besó, y en ese momento la respuesta de él lo tranquilizó y le dio esperanzas.

Ella era completamente suya… Al menos en ese momento.

Capítulo 10

Esa primera noche apenas tuvieron tiempo de comer. Desde ese día hasta el sábado siguiente vivieron en su mundo privado.

Aunque Gabe tenía la costumbre de trabajar desde el alba hasta el atardecer seis días a la semana y sólo se tomaba libre medio día del domingo, había dejado el trabajo de los ranchos Patton y Talbot en manos de los capataces. Las llamadas de negocios estaban derivadas a la oficina del establo y nadie iba a la casa excepto el cartero.

Gabe no recordaba haber pasado tanto tiempo dentro de casa desde hacía años y, desde luego, nunca había estado tan dedicado a una mujer como lo había estado con su esposa.

Lainey le proporcionaba un sosiego que él nunca había sospechado que necesitaba. Lo había ablandado. Estar con ella lo compensaba por todo el tiempo que había pasado sin intimidad ni compañía y hacía que hubiera valido la pena esperar todos esos años amargos.

Era bastante buena cocinera, y le había llevado el café y el desayuno a la cama. Habían tomado el almuerzo junto al arroyo y el resto de las comidas en el patio. Ella le había ganado a las damas, lo había seducido junto al arroyo, y luego, en el salón, cuando lució uno de los camisones que él le había regalado y más tarde dejó que se duchara con ella.

Acostumbrado a una vida solitaria, Gabe se sentía tan colmado por las atenciones que ella le dedicaba, como ella misma, por la fuerza de la pasión recién descubierta. Los años de matrimonio que

los esperaban parecían algo seguro, algo que duraría hasta que la muerte se llevara a uno de los dos.

Entonces llegó la tarde del sábado. Gabe percibió que Lainey estaba nerviosa, pero eso lo preocupaba menos que el que ella hiciera todo lo posible por ocultarlo. Él ya había decidido que no irían a la barbacoa antes de las cuatro de la tarde. A pesar de la invitación de Cassie, dos horas antes de la cena le parecía tiempo suficiente.

Aunque era importante que Lainey se expusiera a la gente y les diera la oportunidad de aceptarla de nuevo, Gabe habría preferido quedarse en casa o ir a cenar a algún lugar de San Antonio, sin compartir a Lainey con nadie.

Pensó que se lo diría más tarde cuando se hubiera cansado de la gente y de aguantar las ganas de hacerle el amor. Se regocijaba al pensar que no se atrevía a decírselo antes, por si a ella se le ocurría utilizar sus poderes femeninos recién adquiridos para evitar ir a la barbacoa.

A Gabe no lo disgustaba la idea de que su esposa tratara de seducirlo con ese fin. Pensar en cómo lo haría era suficiente aliciente como para incitarla a intentarlo. Lainey podía seducirlo en cualquier momento que quisiera y él no iba a ponerse exigente con el motivo, siempre que se quedara con él.

Pero pensó que no sería prudente decírselo. Nunca. Un hombre listo mantendría la boca cerrada y disfrutaría de cada instante. Pensando en la última vez que habían hecho el amor, decidió que las cuatro era todavía demasiado temprano para ir a la barbacoa.

* * *

Lainey escogió el vestido rosa de tirantes, corpiño ceñido y falda con vuelo. Las sandalias blancas que se puso le daban un aire veraniego que resultaba atractivo y elegante, pero no demasiado formal. Las invitadas lucirían gran variedad de vestidos, pantalones cortos e incluso trajes de baño, y ella no quería ser ni la más elegante, ni tampoco la menos.

Se dejó el cabello suelto y, aparte de sus alianzas, la única joya que se puso fue un pequeño relicario de oro en forma de corazón

colgado de una fina cadena. Dentro llevaba una foto de su padre, y en el reverso había sitio para otra fotografía. Lainey había decidido que mientras Gabe siguiera con ganas de jugar en vez de trabajar, podrían ir a que un fotógrafo le hiciera una miniatura.

Los dos días anteriores habían transcurrido como un maravilloso cuento de hadas y sentía que amaba tanto a Gabe que ansiaba decírselo. Pero él no había dicho que la amara. Solamente decía que le gustaba esto o aquello de ella, pero nunca había pronunciado nada parecido a «te amo». Lainey pensaba que no podía haber mayor demostración de amor que la que él le había mostrado, pero echaba de menos que lo dijera.

Por eso había tenido gran cuidado de no decirlo ella tampoco, aunque muchas veces había estado a punto. No podía imaginar entregarse a ningún hombre tan completa e íntimamente como lo había hecho con Gabe, pero era demasiado vulnerable para arriesgarse a reconocer algo que equivalía a ponerle el corazón a sus pies.

¿Y si él todavía no la amaba? Tal vez había percibido que ella deseaba que se declarara, pero como no la amaba, se había mantenido en guardia para evitar el peligro. A menos, claro, que no dijera nada por algún extraño concepto de lo que era la masculinidad.

Parecía que llamarlo con las palabras «capricho», «dulce», «bonito» y «atractivo» lo divertían en privado, pero no era un hombre que expresara abiertamente sus emociones. Creía que los actos decían más que las palabras y no hacía falta gran ingenio para darse cuenta de que ese tipo de palabras cariñosas lo hacían sentirse incómodo.

De todas formas, si algún día llegaba a decirle «te amo», podía estar segura de que le salía del alma. Una confesión así sería la pura verdad, y la mantendría para toda la vida. Lainey había dejado de preocuparse de que él pudiera utilizar la intimidad para humillarla. Se daba cuenta de que lo había juzgado mal y sabía que no lo haría nunca. Estaba segura.

Llegaron a casa de los McClain poco más de una hora antes de la cena. Habían conducido casi en silencio y cuando llegaron, la carretera estaba llena de coches.

Gabe dio la vuelta para estacionar detrás del último coche y

dejar el suyo en dirección contraria con el fin de evitar el atasco que se formaría a la hora de marcharse. Cuando bajaron, Gabe le dio la mano a Lainey.

—Míralos directamente a los ojos, y dales una oportunidad —dijo inclinándose para darle un beso.

Caminaron con las manos entrelazadas hacia la casa. El aire era cálido y el paseo consiguió calmar un poco los temores de Lainey. Antes de entrar al enorme patio, Gabe la estrechó contra su costado y el abrazo hizo que Lainey se sintiera mejor.

Cassie estaba esperándolos, los llamó desde el otro lado de la piscina y salió a su encuentro.

—Vaya —dijo Cassie, al ver que Lainey retiraba el brazo de la cintura de Gabe, y la agarró de ambas manos—. El rosa es mi color, cariño. ¿Cómo te has atrevido a ponértelo y mostrarle a la gente que a ti te queda mucho mejor? —Al notar los anillos en la mano de Lainey, se quedó admirándolos—. Gabe, ¡son preciosos! Tienen un brillo que podría cegar a alguien.

Lainey sonrió y se tranquilizó un poco. A Cassie no parecía importarle que la oyeran y, cuando Lainey echó un vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que todos estaban mirándola. Y como Cassie ejercía una enorme influencia social, su aparente admiración hacia Lainey no sólo la convertía en socialmente aceptable, sino que la señalaba como una invitada especialmente apreciada.

Lainey sujetó la mano de Cassie y le dijo en voz baja:

—Gracias Cass. Esto significa para mí mucho más de lo que puedas imaginar.

Cassie soltó una carcajada, como si lo que Lainey acababa de decir fuera, además de gracioso, encantador.

—En otros tiempos fuiste muy comprensiva conmigo, aunque estoy segura de que te fastidiaba. Pudiste dejarme en ridículo muchas veces y no lo hiciste, así que creo que te debo al menos media docena de favores. Además —se acercó para decirlo—, nadie entiende mejor a una niña mimada de papá que otra niña mimada de papá.

Lainey estaba más tranquila y se rió.

—Tienes razón. Podemos ser bastante malas, ¿verdad?

—Desde luego —afirmó Cassie—. Pero para no pelearnos porque mi papá me mimó más a mí que tu papá a ti, creo que podíamos

terminar siendo muy buenas amigas.

—Creo que eso ya es seguro —dijo Lainey, y Cassie hizo caso omiso y se dirigió a Gabe con cara de horror.

—Esta chica todavía habla como una yanqui, Gabe.

Él contestó con un gesto gracioso, y Cassie miró hacia la barbacoa donde Mac y varios amigos estaban sentados en unas tumbonas. Volvió a mirar a Gabe.

—¿Por qué no vas a saludar a papá? Mientras tanto, Lainey y yo daremos una vuelta y dentro de un rato nos acercaremos a la barbacoa.

Lainey se mostró de acuerdo y añadió:

—Anda, ve. Yo estaré bien.

Gabe saludó con un gesto y rodeó la piscina para llegar a la parte trasera del enorme jardín. Cassie se agarró del brazo de Lainey y mientras caminaban, le susurró.

—No te vayas a ofender, pero las malas noticias son que Jeanette os vio el otro día comprando en San Antonio y supo vuestro viaje a la ciudad. No hace más de media hora que le estaba diciendo a todo el mundo que eres la esposa pródiga. Que Gabe te compró una preciosa bata, te puso la alianza en el dedo y que papá mató el ternero justo a tiempo para celebrar tu regreso a casa de tu pobre y sufrido marido. —Lainey miró a Cassie sin saber si mostrarse consternada o no, porque Cassie parecía divertida. Desde luego había estado a punto de dar en la diana—. Pero —prosiguió Cassie, apretándole el brazo—, la vieja dama Harmon la reprendió por haberos espiado y habérselo contado a todo el mundo para estropear tus posibilidades de rehacer tu vida. Hizo que Jeannette pasara mucha vergüenza. La mayoría de las mujeres estaban de acuerdo en que había que darte una oportunidad porque siempre fuiste buena con todo el mundo, igual que lo fue tu padre.

Lainey no pudo reprimir sus sentimientos.

—Por favor, Cassie. No me tomes el pelo.

Cassie la miró con comprensión y una chispa de mal humor.

—Puede que bromee contigo y te mienta diciendo que el rosa te sienta mucho mejor que a mí, pero no estoy bromeando ni mintiendo sobre esto —dijo retirando el brazo del de Lainey y poniéndoselo alrededor de los hombros—. Al final de esta noche sólo podrán hablar de que Gabe Patton y su esposa bailaron juntos

bajo las estrellas como si no hubiera nadie más en casa de los McClain. Pero luego, se fueron pronto a casa porque… —se rió y repitió—. Porque…

La tensión y el temor que Lainey sentía desaparecieron de repente.

—Gracias, Cassie. Eres muy amable.

Cassie arqueó las cejas.

—No se lo digas a nadie. Es mejor que la gente se lo pregunte. Además de lo cual… —Bajó la voz y miró a su alrededor, acercándose más a Lainey—. Puesto que la señora Harmon está demasiado lejos para oírme y reñirme, te diré que Sally se casó hace un mes con un hombre a quien su padre está amenazando con ponerle una demanda, Amy Jo está embarazada de gemelos, y Bobbie acaba de rechazar al vaquero más atractivo. Voy a hacer de voluntaria para ver cómo puedo ayudarlo a combatir su desengaño. ¡Y no pienso enviarle una tarjeta de condolencias!

Lainey se rió, agradecida de los esfuerzos de Cassie por que se relajara. Hicieron varios recorridos juntas, charlando con los otros invitados. Lainey estaba encantada al ver que todos la acogían amigablemente.

Luego, se dirigieron hacia donde estaba la barbacoa. Mac acababa de supervisar cómo trinchaban el ternero. De pronto, agarró a Lainey en un gran abrazo y le tomó el pelo por haber ido con Gabe en lugar de ser su cita. Después, los acompañó a través del prado hasta donde estaban las mesas.

Cuando Mac consiguió la atención de todo el mundo, dijo:

—Damas y caballeros. Bienvenidos a la barbacoa de los McClain —cuando los aplausos y aclamaciones amainaron, añadió con entusiasmo—: Tengo el gusto de presentarles al señor y la señora Patton.

Los invitados volvieron a aplaudir y a ovacionarlos, y varios hombres dijeron alguna frase ingeniosa y algún consejo para Gabe. Luego, fueron hacia la cola para la comida y Mac hizo que se sentaran a su mesa. La comida era abundante y comieron hasta hartarse.

Después de que sirvieran el helado, la banda que Mac había contratado comenzó a afinar los instrumentos junto a la pista de baile que habían colocado a la salida del jardín. Cuando empezó la

primera pieza, Gabe acompañó a Lainey a la pista y la tomó entre sus brazos. Bailaron tres piezas. Lainey disfrutó del ritmo rápido de las dos primeras y cuando llegó la tercera, un poco más lenta, se acomodó entre los brazos de Gabe.

Gabe le susurró al oído para que nadie lo oyera.

—¿No te lo había dicho?

—Es casi demasiado bueno para creerlo —repuso ella feliz.

Gabe la besó sobre el cabello.

—Me alegro de que tú y Cassie os hayáis hecho amigas.

Lainey sonrió.

—Supongo que las dos hemos madurado.

—Tal vez. Hace poco he descubierto lo bueno que es hacer las paces, y esto es un placer añadido.

Lainey se le arrimó más.

—Si no fuera por ti, nada de esto habría sucedido.

—Yo no tuve nada que ver contigo y Cassie, y tampoco sé si lo tuve con nuestra reconciliación.

Lainey asintió.

—Si me hubieras echado aquel día, no estaríamos aquí ahora —alzó la vista—. ¿Te he dicho alguna vez que eres maravilloso? Y la palabra «maravilloso» sí puede utilizarse para un hombre.

—Es todo un cumplido, cariño.

—Eres todo un hombre. Gabe hizo una mueca.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó Lainey percatándose, por el brillo de los ojos de él, de que le estaba tomando el pelo—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Si no estás segura, podría hacerte una nueva demostración.

—Ah… —dijo ella sonriendo.

—¿Qué tal si les damos las gracias a Cassie y a Mac por habernos invitado y correspondemos invitándolos a cenar pronto? Pero no demasiado pronto, porque estaremos muy ocupados las próximas noches.

Lainey se quedó pensativa.

—¿No crees que es demasiado pronto para irnos? ¿Qué pensará la gente?

—Han estado mirándonos durante los últimos diez minutos. Seguro que están haciendo apuestas sobre cuánto tiempo más nos quedaremos.

—Oh… —exclamó Lainey sonrojándose.

—Lo están esperando —dijo Gabe, apretándola más fuerte—. Además ya te he compartido bastante. Estoy listo para marcharme.

—Yo también.

Cuando, poco después, terminó la pieza, Gabe la soltó y le dio la mano para salir de la pista de baile. Mientras daban las gracias y se despedían, Mac no dejó de guiñarle un ojo a Gabe y Cassie hizo prometer a Lainey que la llamaría la semana siguiente.

El regreso a casa fue rápido y silencioso. Lainey se recostó sobre el reposacabezas. Se sentía aliviada y contenta. En un momento dado se volvió y miró a Gabe. Tenía en la punta de la lengua decirle que lo amaba, pero se reprimió, temerosa de cuál sería su reacción.

Cuando llegaron a casa, Gabe rodeó el coche para abrirle la puerta y darle la mano. Estaban en la mitad del camino que conducía a la casa, cuando él se detuvo y, de repente, la alzó en brazos.

—Me he retrasado un poco en hacerte traspasar en brazos el umbral, señora Patton. ¿Qué te parece si le ponemos remedio?

Lainey se abrazó a su cuello y lo besó.

—Otra buena idea. Gracias.

Gabe la llevó alzada el resto del camino hasta la puerta, que abrió con facilidad sin dejar a Lainey en el suelo. Luego, dio un paso para traspasar el umbral. Hizo una pausa para cerrar la puerta de una patada y marchó con ella en brazos, a través de la casa, hasta el dormitorio.

A cada paso que él daba, Lainey sentía que le aumentaba la excitación. Aunque no tenía otras experiencias sexuales para comparar con las que él le había proporcionado, se percataba de que Gabe era maravillosamente tierno con ella. Con tan sólo pensar en lo experto que era haciéndole el amor, se sentía estremecer y desearlo más.

Su cuerpo vibraba pensando en lo que iba a suceder y aferró las manos a sus hombros, clavando los dedos en esa carne y músculos de acero. Gabe atravesó la alcoba y se sentó sobre el arcón que estaba a los pies de la gran cama.

Había comenzado a besarla antes de que llegaran al arcón y cuando la tuvo en sus rodillas, sus manos, grandes, empezaron a recorrer una de las piernas desnudas de Lainey. La sensación de sus

manos encallecidas acariciándola cada vez más arriba la excitaba, hasta que se detuvo a la altura del dobladillo del vestido.

Gabe separó su boca de la de ella.

—Deja que me quite las botas, cariño, y luego seguiremos con las sandalias, los botones y el resto. Nos desvestiremos el uno al otro lentamente —el tono de su voz iba bajando y se hacía cada vez más profundo.

—Yo me encargaré de tus botas, vaquero —dijo ella, y no pudo resistir la tentación de besarlo de nuevo. Lainey sonrió mientras interceptaba la mano de él y se la colocaba en un lugar más seguro —. Pero primero tengo que poder ponerme de pie.

—Adelante —dijo a regañadientes, y la soltó.

Lainey se puso en pie y se agachó para agarrarle la bota por el talón, pero Gabe se inclinó hacia atrás y levantó la pierna para que ella pudiera tirar de la bota. Cuando se la hubo quitado, le quitó la segunda. Luego, levantó su pie y lo apoyó sobre el muslo de Gabe para que le quitara la sandalia. Se percató del error que había cometido cuando él la agarró por el tobillo y empezó a desabrochar la hebilla.

Las sensaciones que le producía el que Gabe jugueteara acariciándole la pantorrilla mientras le desataba la sandalia, hacían que ella perdiera el equilibrio, y tuvo que apoyarse en sus hombros. Cuando ya la había descalzado, cambió al otro pie.

—Aunque tu vestido tiene un matiz diferente de rosa, pareces uno de esos flamencos que la gente pone en los jardines. ¿Estás segura de que puedes mantenerte en pie?

Lainey soltó una risita y bajó el pie. Gabe le asió las manos y se las sujetó mientras se arrodillaba delante de él. Al mirarlo a la cara, pensó en la dulzura que le mostraba y se le llenaron los ojos de lágrimas.

¡Lo amaba tanto! Se maravillaba de todos esos años en que creía que no lo amaba. Pero el amor había estado allí todo el tiempo, creciendo en secreto, y tratando de emerger a la superficie, aunque Lainey no había querido reconocerlo. Hasta aquel día en el centro comercial, cuando al mirarlo había visto la ternura y vulnerabilidad que Gabe guardaba.

Desde el momento en que hicieron el amor, había estado ardiendo lentamente como una brasa dentro de su corazón, y había

crecido y crecido hasta convertirse en llama viva que la quemaba. ¿Se atrevería a confesárselo en ese momento?

Gabe percibió que algo la preocupaba.

—¿Qué te pasa, cariño?

Lainey no pudo contestar y él se puso tan serio que ella se entristeció y no pudo guardar silencio ni un minuto más. Pensó que podía confiar en ese hombre para cualquier cosa, y sobre todo, confiarle su corazón. Había sido tonta por esperar. Zafó las manos y se las puso sobre las mejillas.

—Te amo, Gabe —pronunció. La emoción hizo que las palabras brotaran despacio y su aliento estaba lleno de melancolía y esperanza—. Te he amado desde que tenía dieciocho años. Creía que había dejado de quererte, pero no era así. Estaba desesperada por decírtelo, pero no me atrevía. Y no me importa si tú no me amas todavía.

Se hizo un silencio tan grande que se podían oír los latidos del corazón de Lainey, hasta que la voz de Gabe lo rompió.

—¿Quién dice que yo no te amo? —Una dicha inmensa brotó en el corazón de Lainey, pero ella no se atrevió ni a respirar mientras esperaba sus palabras—. Tenía previsto decirle a tu padre que quería salir contigo y casarme si tú me aceptabas. Cuando me preguntó lo que deseaba a cambio de protegerte, pensé que era el momento apropiado para decírselo, y él puso la respuesta en el testamento. —Gabe la besó con mucha ternura y cuando sus labios se separaron, clavó sus ojos en los de ella—. Te amo, señora Patton. Ya es hora de que te lo demuestre otra vez.

A pesar de lo grandes y duras que eran las manos de Gabe, tenían la habilidad de manejar con pericia cosas pequeñas y de acariciar con mucha suavidad. Pasó una mano por detrás de ella para abrir la cremallera del vestido y le bajó los tirantes.

—Como ya te dije, me gustaría desvestirte despacio esta noche. Desvísteme tú a mí despacio también.

Lainey puso las manos sobre su camisa y le aflojó el colgante de la turquesa antes de comenzar a desabotonar la camisa.

Se desvistieron el uno al otro, despacio, disfrutando de cada momento. Cuando ya estaban desnudos y en la cama, comenzaron a hacer el amor con ternura y, poco a poco, su pasión se acrecentó. Luego, después de muchos besos más y de susurrar muchas palabras

de amor, se durmieron.

Siempre habría más palabras de amor. Suficientes para cubrir toda una vida de silencios y de angustias, y más que suficientes para colmarse mutuamente y a los hijos que llegaran a su vida durante los años siguientes.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/